

Este texto está cedido únicamente para su lectura. Para cualquier representación pública de esta obra debe ponerte en contacto con la autora, o entrar en SGAE y tramitar la solicitud.

mluzdramaturga@hotmail.com

www.mariluzcruz.com

Medallas, santos y escobas

M^a Luz Cruz

PERSONAJES

CORONEL	HORTENSIA	RAMON
CONCHA	PORTERA	EULALIA
DOCTOR	SANDRA	FLORISTA
ELENA	CHURRI	GUITARRISTA
PILAR	CHACHI	INSTALADOR
ERNESTO	OLGA	

Para facilitar el reparto de esta obra, algunas de las actrices pueden interpretar dos personajes.

ESCENOGRAFÍA

Portería de una escalera en el centro de cualquier ciudad.

En el centro del foro, se encuentra el ascensor, en el lateral derecho, junto al foro, está la escalera y, a continuación, los buzones. En el lateral izquierdo, la vivienda de la portera. Las salidas con dirección a la calle se abrirán en ambos laterales de la boca de escena.

La escenografía, al igual que el vestuario y maquillaje de los personajes, deberá estar ambientada como si de una historieta de cómic se tratase, para lograr el mejor efecto en esta comedia que, por lo cotidiano del tema, bien podría pertenecer a la historieta de un cómic.

1º ACTO

Introducción con el telón abierto y música de fondo

VOZ EN OFF. - Todo empezó una calurosa tarde del mes de junio, el aire caliente costaba de respirar y la luna asomaba al umbral del firmamento. Pero en la portería, de uno de tantos edificios de una gran ciudad de cuyo nombre...de cuyo nombre no logro accordarme, en esa portería y, sin que ninguno de sus ocupantes lo sospechase, iba a transcurrir un hecho que trastornaría la paz de la escalera. Si es que alguna vez la hubo...

En escena se encuentra el Coronel, hombre de mediana edad, viste con sus mejores galas. En la solapa de la chaqueta luce todas sus medallas, como fuese a un desfile militar. Camina nervioso de un lado a otro del escenario con paso firme mirando el reloj.

CORONEL. - Aquí convocas una reunión y cada uno baja cuando le da la gana. Desde que este país es socialista... En fin, paciencia.

Por la escalera baja el DOCTOR, es un hombre joven y bien parecido, algo amanerado, lleva un bolso de bandolera colgado.

CORONEL. - Buenas tardes.

DOCTOR. - (*Le da la mano de forma muy efusiva*) Hola...Coronel...

CORONEL. - Ha sido usted el primero en llegar.

DOCTOR. - Sí, ya lo veo, estoy tan acostumbrado a ser puntual en mi consulta... (*Tocándose el pelo*) ¡Me encanta la puntualidad!

CORONEL. - (*Con mucha seriedad*) ¡La puntualidad está resultando ser casi un don!

DOCTOR. - Tiene mucha razón, coronel. A mí, me pasa lo mismo en mi consulta, me piden hora y después se presentan media hora más tarde. ¡Me da una rabia!

CORONEL. - En el ejército, esto no pasa, al que llega tarde ¡se le mete un paquete!

DOCTOR. - (*Acercándose*) Ah, ¿sí? ¿Dónde?

CORONEL. - (*Se aparta algo violento*) Doctor, quiero decir un castigo.

DOCTOR. - Vaya, qué severos son...

CORONEL. - Uno de ellos consiste en limpiar las letrinas toda la semana, otro pelar patatas todo el mes, pero el peor de todos, es dejarles la cabeza como una bola de billar ¡Las cosas funcionan como deben funcionar!

DOCTOR. - (*Haciendo gestos con las manos*) Lo de pelarles como bolas de billar no creo que les cause mucho efecto, porque hay quien se pela al cero y no para castigarse precisamente, sino para castigar a los demás. (*Moviendo las pestañas*)

CORONEL. - Pues, aunque no lo crea, hay quien llora como una niña.

DOCTOR. - Si usted lo dice... Pero yo no voy a mandar a mis pacientes a limpiar letrinas, ni a pelar patatas y, mucho menos, córtales el pelo al cero, se pondrían peor.

CORONEL. - Ya, ya le entiendo... ¿Cómo van este año las gripes?

DOCTOR. - Como todos los años. (*Moviendo las manos para dar bien la explicación*) Unos las cogen y otros las dejan, lo que ahora está en verdadero auge son los adelgazamientos, se me presentan verdaderos problemas. El otro día, sin ir más lejos, me vino un caso digno de salir en los periódicos.

CORONEL. - No me extraña con tanta modelo anoréxica... ¿Qué le pasó?

DOCTOR. - ¿A mí? A mí, nada. Me vino una señora de unos treinta años, me dijo que quería quitarse unos kilos, y yo le pregunté, ¿de dónde? La verdad, Coronel, parecía una radiografía. Otro caso que nos dio un susto de muerte fue precisamente ayer, me vino una señora tremadamente gorda y me dijo que quería perder treinta kilos en un mes, que haría todo lo que fuese necesario por conseguirlo, yo le respondí, para que algo así sucediese tendría que dejar hasta de respirar.

CORONEL. - ¿Y lo hizo?

DOCTOR. - ¡Ya lo creo! Siguió mi comentario al pie de la letra, menos mal que nos dimos cuenta a tiempo, un poco más tarde y se hubiera quedado más seca que una mojama, en el otro sentido, ya me entiende... Hay verdaderas locuras con los adelgazamientos.

CORONEL. - Pues yo no he tenido nunca esa clase de manías, me gusta estar como estoy, no estoy como cuando tenía veinte años, pero...

DOCTOR. - (*Con retintín*) Ya, ya me lo imagino. Tiene usted la famosa curvita de la felicidad y eso afea un poco. Pero a eso le podría poner remedio si quiere con...

CORONEL. - (*Cortándole*) Tal y como estoy, estoy muy bien y le aseguro que no he cogido ni una gripe en toda mi vida. (*Estornuda*)

DOCTOR. - (*Con recochíneo*) Coronel... ya no podrá decirlo, la está usted cogiendo...

CORONEL. - (*Mosqueado*) ¿Y no será que al darme usted la mano me ha transmitido los gérmenes?

DOCTOR. - ¡Vamos Coronel! ¿No será usted un aprensivo?

CORONEL. - No, no, nada de eso, pero no ha hecho usted más que acercarse y ya estoy estornudando. ¡Ustedes los médicos son un nido de microbios!

DOCTOR. - ¡Coronel, me ofende usted! Soy muy mirado con la higiene.

Se abre el ascensor sale CONCHA, la mujer del Coronel, va muy arreglada; lleva en el cuello un collar de perlas de varias vueltas. Es autoritaria como él.

CONCHA. - (*Muy seria*) ¡Buenas tardes! ¿Todavía no ha bajado nadie?

CORONEL. - Mujer... no digas nadie, está aquí el doctor...

CONCHA. - Perdone, quería decir los demás. En esta escalera siempre pasa lo mismo.

DOCTOR. - No se preocupe Concha, el coronel y yo hablábamos de la puntualidad.

CONCHA. - (*Algo alterada*) ¡No diga tonterías, como no me voy a preocupar! ¡Somos muchos vecinos y siempre bajamos a las reuniones los mismos!

CORONEL. - Mi señora tiene razón.

DOCTOR. - Por favor tranquilíicense, calmen esos nervios. Tienen que comprender que hoy es sábado, empieza a hacer calor y todos estamos deseando que llegue el fin de semana para salir fuera.

CORONEL. - ¿Qué cree que nosotros nos hemos quedado por gusto?

CONCHA. - ¡Nosotros también tenemos una bonita casa fuera, pero hoy estamos aquí!

CORONEL. - ¡Para nosotros primero es la obligación y después la devoción!

DOCTOR. - Bueno, bueno, no se pongan así, ya ven que para todo el mundo no es igual.

CORONEL. - ¡No nos ponemos de ninguna manera!

DOCTOR. - No se ponen de ninguna manera, pero la están pagando conmigo...

CORONEL. - Para su información sepa que, si hemos escogido este día ha sido porque la portera se ha marchado a casa de su hermana y vendrá tarde, y es la única forma de que podamos hablar.

DOCTOR. - ¿Que podamos hablar? ¿Quién, ustedes y yo? No entiendo por qué no puede estar presente.

CORONEL. - ¡Ya lo entenderá!

(*Baja por la escalera ELENA, una joven y elegante modelo*)

ELENA. - Buenas tardes, doctor.

DOCTOR. - (*Atontado mirándola*) Buenas... estás muy elegante...

CONCHA. - Y a los demás que nos parta un rayo.

ELENA. - Perdonen, no los había visto.

CONCHA. - Pues a la vista estamos...

ELENA. - Doctor, llevaba mucho tiempo sin verle.

DOCTOR. - Tiene razón, pero si no me ves es porque no quiere, yo estoy siempre en mi consulta, muy cerca de ti.

ELENA. - (*Coqueteando*) Ya lo sé, pero yo afortunadamente no necesito de tus servicios.

DOCTOR. - Ya, ya lo veo... Mejor que sea así, pero una visita entre vecinos... no estaría de más.
(Tocando la ropa) ¿Este es un nuevo modelito de temporada?

CONCHA. - *(Dando un grito)* ¡Bueno, ya está bien! ¡Hemos venido a una reunión no a coquetear, si tienen algo que decirse ya se lo dirán en otro momento que a nosotros no nos importa!

ELENA. - ¡Qué susto! Bueno, bueno...

Salen del ascensor ERNESTO y PILAR, los dos llevan gafas de pasta con cristales gruesos, él las lleva pegadas por el puente con cinta aislante.

PILAR. - Buenas tardes.

CONCHA. - ¿Buenas tardes...? ¡Tiene valor, decir buenas tardes, por la hora que es, mejor decir buenas noches...!

PILAR. - Perdonen, no hemos podido bajar antes.

ERNESTO. - Pilar tiene razón, teníamos asuntos pendientes.

CORONEL. - ¿Les ha ocurrido algo?

ERNESTO. - *(Muy contento)* No, no, por suerte no, después de la prórroga han quedado 2 a 1 ¡O sea, mi equipo ha quedado ganador!

CONCHA. - ¡Muy bonito, mientras nosotros nos estamos devanando los sesos, usted viendo el fútbol!

PILAR. - Concha, no te pongas así.

ERNESTO. - Tampoco hay que ponerse así, solo quería ver cómo acababan.

CORONEL. - *(Subiendo la voz)* ¡Dichoso fútbol!

ERNESTO. - ¿A usted no le gusta, Coronel?

CORONEL. - *(Seco)* A mí, no. Bueno, son las ocho y cuarto y los demás vecinos no están aquí, yo, desde luego no espero más y voy a dar comienzo a esta reunión.

ELENA. - Menos mal, porque tengo un pase a las diez y no me gustaría llegar tarde.

DOCTOR. - Yo también tengo una cita.

ERNESTO. - Nosotros no tenemos nada, ¿verdad, Pilar?

PILAR. - ¡Claro que tenemos cosas que hacer!

ERNESTO. - Si tú lo dices...

(Sale del ascensor HORTENSIA, es una señora mayor, con el típico aspecto de beata viste muy seria con ropa más bien oscura)

HORTENSIA. - Buenas noches nos dé El Señor.

CONCHA. - ¿Usted también estaba viendo el fútbol?

HORTENSIA. - ¿Qué...? No, yo estaba viendo otras cosas.

CONCHA. - ¡Ya...!

Llegan de la calle CHURRI y CHACHI, son dos chicas jóvenes, vestidas al estilo punk, con ropas llamativas, y pelos de colores. Se cruzan por el medio de la reunión, dando empujones para pasar y se retiran por el ascensor.

CONCHA. - ¡Qué poca vergüenza!

DOCTOR. - Coronel, ¿estas chicas, no se quedan en la reunión?

CORONEL. - No, ellas no son propietarias, están de alquiler.

CONCHA. - ¡A saber cuántas habrá en ese piso!

HORTENSIA. - Hay cuatro.

PILAR. - Y usted, ¿cómo lo sabe...?

HORTENSIA. - Porque las oigo.

PILAR. - No sé cómo las puede oír si su piso da al otro lado.

HORTENSIA. - Las oigo cuando me pongo a rezar en silencio, como forman tanto jaleo, pues...

ELENA. - Yo las encuentro muy alegres.

CONCHA. - Yo diría escandalosas (*A Pilar*) ¿No bajan los del tercero?

PILAR. - ¿Quién quieras decir?

HORTENSIA. - No creo que bajen. Yo no quería, pero como gritaban tanto, les he oído pelearse.

ERNESTO. - Yo no sé cómo se lo monta, pero se entera de todo.

Llega la PORTERA que viene de la calle, el CORONEL, muy sorprendido, mira a CONCHA y a PILAR.

PORTERA. - ¡Hola, buenas noches...! Parece que están muy reunidos. ¿Ha pasado algo?

PILAR. - (Seca) No.

PORTERA. - Entonces, ¿están celebrando algo?

CONCHA. - ¿Usted cree que si celebrásemos algo lo haríamos aquí? ¡Es una reunión!

PORTERA. - ¿Una reunión?

PILAR. - Sí

PORTERA. - Una reunión, ¿Para qué?

CONCHA. - Bueno, mire, ya que está usted aquí se lo comunicaremos.

PORTERA. - Menos mal, así me enteraré de que es lo que está pasando para tanto misterio.

CONCHA. - (*Con mucha solemnidad*) Se va a colocar un portero automático.

PORTERA. - Un momento, a mí no se me ha comunicado nada.

PILAR. - Usted es la portera, no un propietario.

PORTERA. - ¡Será posible! Yo soy la más interesada de todos, porque si voy a tener una ayuda podían haber tenido el detalle de comunicármelo antes de que vengan a colocarlo.

CONCHA. - ¿Y quién le ha dicho a usted que será una ayuda?

PORTERA. - Pero bueno, si le parece lo será de usted, no me haga reír.

PILAR. - Ahora sí que se va a reír, para que se entere, ese aparato estará en su lugar.

PORTERA. - ¿Qué ha querido decir con eso de mi lugar?

PILAR. - ¡Pues está muy claro, usted dejará la vacante para el portero automático!

PORTERA. - ¡Cuándo he dicho yo que quería irme!

DOCTOR. - Creo que no están actuando nada bien, tengan en cuenta que lleva muchos años aquí y no puede marcharse así.

ERNESTO. - Claro, usted la defiende, como la tiene de secretaría particular.

DOCTOR. - Pues usted no puede quejarse de sus servicios, porque se pasa el día haciéndole recaditos.

ERNESTO. - Es su obligación.

PORTERA. - ¡De eso nada, mi obligación consiste en cuidar la portería, no en servir de recadero de nadie!

ERNESTO. - Usted, doctor, con sus cartitas tiene mucho que callar...

ELENA. - Por favor, un poco de calma que ya estamos empezando a perder nerviosos.

HORTENSIA. - Eso mismo, tengan un poquito de serenidad y no suban la voz, que luego se entera todo el mundo.

PORTERA. - ¡Y quiere tener usted la exclusiva! ¿No?

HORTENSIA. - Mujer, no tiene por qué ponerse así.

PORTERA. - ¡Cállese cotilla!

CORONEL. - ¡Ya me están ustedes cansando, aquí se ha decidido poner un portero automático y prescindir de los servicios de la portera y así se hará!

DOCTOR. - ¿Quién lo ha decidido?

CONCHA. - ¡Nosotros!

PORTERA. - ¿Cómo ha dicho, prescindir de mí? ¡De eso nada! ¡No creerán que voy a marcharme así tan contenta, antes tendrán que pasar por encima de mi cadáver!

HORTENSIA. - Por amor de Dios, cálmese y no grite.

PORTERA. - ¡Usted, cállese y ocúpese de su chicho que bastante trabajo tiene, que con el cuento del chicho se pasa el día cotilleando!

HORTENSIA. - No sea mal educada, que yo no me he metido con su radio.

PORTERA. - ¡Qué tiene que decir de mi radio, lo pongo porque hay que estar informada y conocer los derechos de una!

(*Baja por las escaleras SANDRA muy alterada*)

SANDRA. - ¡Portera, portera!

PORTERA. - (*Gritando*) ¡Qué pasa?

SANDRA. - ¿Ha visto a mi marido?

PORTERA. - ¡Ni lo he visto ni me interesa!

SANDRA. - ¡No me diga eso, que tengo un disgusto de muerte!

CONCHA. - (*Con intención*) Para disgustos estamos ahora.

PORTERA. - ¡Si quieras teuento el mío, a ver cuál de los dos es peor! ¡Me voy y se van a acordar de la faena que me han hecho!

(*La PORTERA entra en su vivienda*)

PILAR. - ¡Madre mía, como se ha puesto!

ELENA. - Sandra, ¿Qué te ocurre, le ha pasado algo a tu marido?

SANDRA. - (*Lloriqueando*) ¡Que se ha marchado!

HORTENSIA. - ¿A dónde...?

CONCHA. - Ya me extrañaba a mí que usted no preguntase.

DOCTOR. - Tranquilízate, mujer, que ya volverá.

SANDRA. - (*Lloriqueando*) No sé, no sé si volverá.

ELENA. - No digas tonterías, ¿por qué no va a volver?

HORTENSIA. - ¿Se han discutido?

SANDRA. - No, no. Pero estoy muy mosqueada porque me ha dicho que salía a buscar doscientos gramos de jamón y...

ERNESTO. - ¿De pata negra?

PILAR. - (*Dándole un codazo*) ¡Ernesto!

ERNESTO. - Sólo quería saberlo, como no lo compras nunca...

PILAR. - ¡Sabes que no te sienta bien!

ERNESTO. - Eso, eso lo dirás tú, si no lo has comprado nunca.

PILAR. - No le hagan caso, no sabe lo que dice.

CONCHA. - (*A Sandra*) Pues si ha salido a buscar jamón ya volverá. Lo que tendría que hacer, es estar aquí como todos nosotros.

SANDRA. - Estoy muy mosqueada. El marido de mi amiga también le dijo que salía a buscar un poco de jamón y ...

CONCHA. - (*Subiendo el tono*) ¡¿Y qué pasa que el marido de su amiga saliera a buscar doscientos gramos de jamón?!

SANDRA. - Pues que se marchó con una lagarta y volvió a los veinte años.

ERNESTO. - ¿Y qué paso?

SANDRA. - Qué va a pasar, que volvió con el pelo cano y con el jamón rancio.

ERNESTO. - Pero él, ¿había cambiado mucho?

CORONEL. - (*Subiendo el tono casi perdiendo los papeles*) ¡Ya está bien!

CONCHA. - ¡El Coronel tiene razón, ya está bien!

SANDRA. - Señor Coronel, ¿hay castigo para un caso así?

CORONEL. - ¡El que usted le quiera dar, por ejemplo, con la mano del mortero!

SANDRA. - Algo haré, algo haré.

CONCHA. - Bueno, mire, estamos tratando un asunto de suma importancia, no podemos pararnos para decirle si su marido volverá dentro de una hora o dentro de veinte años ¡con un jamón rancio!

PILAR. - Concha tiene razón. ¿No se queda usted en la reunión?

ERNESTO. - (*Pidiéndoselo como un crío*) Quédese... quédese, a usted también puede interesarle lo que pasa aquí.

DOCTOR. - Lo que tiene que hacer es tranquilizarse, que su marido ya volverá.

SANDRA. - Lo siento. Señor Coronel, a mí, en este momento sólo me interesa saber dónde está mi Ramón.

ERNESTO. - Entonces, ¿no se queda?

SANDRA. - No, no, ahora no puedo quedarme. Voy corriendo a ver si lo encuentro metido en alguna parte.

CORONEL. - ¡Luego no se queje de lo que aquí decidamos!

SANDRA. - (*Corriendo a la calle*) ¡No, no me quejaré! ¡Ramón, Ramón!

SANDRA se retira deprisa por la salida de la calle.

ELENA. - Creo que está tan nerviosa que es mejor que se marche.

CONCHA. - ¡Pero qué clase de reunión es esta, donde sólo se habla de fútbol y de jamones! ¡Estamos tratando un tema de suma importancia para tomarlo a pitorreo!

DOCTOR. - Bueno, bueno, que nadie lo está tomando a pitorreo. Yo lo que creo que han estado muy desagradables con la portera.

PILAR. - ¿Desagradables? Si hemos tenido una paciencia de santos.

ELENA. - Yo opino como el doctor, ha sido muy violento.

DOCTOR. - No crean que pueden echarla así, tendrán que indemnizarla por todos los años que lleva con nosotros.

CORONEL. - Pero, ¡¿qué dice?! ¡Es usted un insensato, darle una indemnización!

DOCTOR. - ¡Pues claro! O creen ustedes que a las personas se las despide y ya está. Ella pedirá sus derechos.

ERNESTO. - Bueno, pues se le paga y ya está solucionado el problema.

DOCTOR. - ¿Está usted seguro? ¿Sabe cuánto tendríamos que pagarle?

ERNESTO. - No, pero no será mucho.

DOCTOR. - Que osada es la ignorancia. Son treinta y tres días por cada año que lleva a nuestro servicio...

CORONEL. - ¡Usted se ha vuelto completamente loco!

PILAR. - ¡Eso es una barbaridad!

ELENA. - Y seguro que lleva unos cuantos añitos aquí.

HORTENSIA. - Creo que lleva de veinticinco a treinta.

ERNESTO. - ¡Mi madre, toda una vida!

ELENA. - Ya lo creo que es toda una vida, a mí aún me queda algunos añitos para llegar...

PILAR. - (*Con intención*) Ya llegarás, no te preocupes que llegarás...

CORONEL. - ¡Pagar eso es un disparate monumental!

DOCTOR. - Señores, es lo legal, si quieren tener portero automático y prescindir de los servicios de la portera, tendrán que atenerse a la ley.

ELENA. - (*Al doctor*) Estás muy bien informado.

DOCTOR. - Todos deberíamos estarlo antes de...

PILAR. - ¡Caro portero nos va a salir!

CORONEL. - Tendremos que pensar algo. (*Muy convencido*) Desde luego, esto ya está decidido. Todos estamos de acuerdo.

DOCTOR. - Creo que todos no.

ELENA. - Ni yo, a mí no se me ha comunicado nada.

CONCHA. - ¡Pues ya se lo están comunicando!

(*Bajan por las escaleras dando ruido CHURRI y CHACHI llevan unas latas de cerveza en la mano, cruzan por en medio de todos. Miran a Concha y al Coronel y se rien*)

CORONEL. - (*Mosqueado*) ¿Pasa algo?

CHURRI. - ¡No, tío, tranqui!

CHACHI. - (*Mirando las medallas*) ¿Son todas tuyas?

CORONEL. - ¿El qué?

CHURRI. - (*Tocando las medallas*) Todas éstas chapitas que llevas.

CORONEL. - ¡Sí, son mías! ¡Y no son chapitas, sino medallas!

CHACHI. - (*Riéndose y mirando a Churri*) ¿De verdad...? ¿Ganadas?

CORONEL. - ¡Sí, ganadas!

CHURRI. - ¿Dónde, en la Primera Guerra Mundial o en una tómbola benéfica?

CONCHA. - ¡Oigan, hagan el favor de marcharse de aquí!

CORONEL. - ¡Si no se marchan, llamaremos a la policía ahora mismo!

CHACHI. – Tranquilo, viejo, que te puede dar un telele y se te cae la chatarra.

CHURRI. - Chachi, ¿A ti no te parece que en lugar de llamar a la policía tendrían que llamar a los loqueros?

CHACHI. - (*Riendo a carcajadas*) Tienes razón. ¡Con todas esas chapitas a quién quieres impresionar...! ¡Tú, pureta! ¿La mili la hiciste con lanza o con honda?

CONCHA. - ¡Qué poca vergüenza, ya está bien!

CHURRI. - (*Tirando del collar de perlas de Concha*) ¡Chachi, mira la vieja, ha dejado peladas a las ostras, les ha quitado todas las perlas!

CHACHI. - Es verdad, qué morro tiene, menudo egoísmo.

DOCTOR. - (*Haciendo gestos afeminados*) Ya está bien, creo que la broma está llegando demasiado lejos, es de muy mal gusto.

CHACHI. - (*Haciendo gestos con las manos imitándolo*) Ten cuidado, matasanos, que con tantas sacudidas se te puede partir el brazo... ¡Curandero, brujo!

CHURRI. - (*Ríe*) ¡Tranquilo, practicante, que ya te dejamos con el ejército de salvación, vale!

PILAR. - ¡Desde luego, hay que tener poca vergüenza para comportarse así!

CHURRI. - (*Riéndose*) ¡Ninguna!

ELENA. - Esto no tiene ninguna gracia, ya está bien.

CHACHI. - ¡Churri, mira, la Barby también habla!

CHURRI. - ¡Menuda tropa, son dignos de estar en un museo!

PILAR. - ¡Ernesto, di algo!

ERNESTO. - Pilar, conmigo no se han metido.

CHACHI. - ¡Ya vamos a por ti! ¡Churri, oso perezoso del zoo se está quejando!

PILAR. - ¡Ernesto, o las echas tú, o las echaré yo!

ERNESTO. - (*Sin esforzarse ni un poco*) Largo de una vez.

PILAR. - ¡Bonita manera de echarlas!

CONCHA. - Pilar, no se preocupe, ya se encargará la policía de sacarlas a palos de aquí.

CHURRI. - (*Moviendo las manos*) ¡Uffff... qué miedo, mira, estamos temblando! ¿Lo estás viendo...?

HORTENSIA. - ¡Márchense de aquí, que no queremos saber nada de ustedes!

CHACHI. - ¡Churri, la cotorra de la escalera nos ha llamado de usted!

CHURRI. - No te confundas, cotorra, que no somos como vosotros, que sois más antiguos que las pirámides. ¡Sois una especie en extinción!

CORONEL. - ¡Ya he aguantado bastante, mi rango no puede tolerarlo más!

CHACHI. - ¡No grites, que con esa bocina que tienes no dejas oír a los demás! ¿Lo entiendes, pureta?

HORTENSIA. - ¡Dios mío, lo que tiene una que oír!

CHURRI. - ¡Te gustaría oír más, verdad cotorra, para ir con el cuento por ahí!

CHACHI. - ¡Ya os dejamos, zoo ambulante!

CHURRI y CHACHI se retiran riendo hacia la calle. Sale de su vivienda la PORTERA con una carta en la mano.

CORONEL. - ¡Si no llegan a marcharse no respondo de...! (*Al ver a la Portera*) ¡La que faltaba!

PORTERA. - (*A Concha*) ¡Tenga, con tanto jaleo se me olvido darle la carta! ¡Sepan que a partir de mañana se las recogerán ustedes...! ¡Para que se vayan acostumbrando!

CONCHA. - Pero... ¿qué es lo que está diciendo?

PORTERA. - ¡Está sorda! Lo que ha oído, me lo recomendado mi abogado.

ERNESTO. - Ah, pero..., ¿usted también tiene abogado?

PORTERA. - ¡Naturalmente! ¿Que se ha creído, que sólo usted tiene derecho? Pues ya lo ven, yo también.

PILAR. - Mujer, no se ponga así que no hay para tanto.

PORTERA. - ¡Será lechuza, encima no hay para tanto! ¡Quieren poner un trasto de esos y echarme a mí y les reiré la gracia!

PILAR. - ¡¡Ernesto!! ¿Has oído lo que me ha llamado esta ordinaria?

ERNESTO. - (*A la Portera*) Haga el favor de no llamarle a mi hermana lechuza, eso sólo se lo puedo llamar yo. ¿Está claro?

Todos rien.

PILAR. - ¡Ernesto, eres idiota!

ERNESTO. - Pilar, ¿por qué me dices eso?

PILAR. - Es mejor que no conteste, porque si no...

PORTERA. - ¡No le ha dicho ni más ni menos que lo que es usted! ¡Me voy, porque si me quedo más de uno sale hoy bien bautizado! (*Se retira de muy mal humor, por la salida de la calle*)

PILAR. - ¡Será posible, es una grosera y una antipática!

ELENA. - Hay que comprenderla, porque de la forma que han actuado ustedes a sus espaldas no está bien, en realidad ella tenía que ser la primera en saberlo.

Sube el tono de las conversaciones

CONCHA. - ¡Usted, si no está de acuerdo se calla!

DOCTOR. – Pero, qué es esto, todos tenemos el mismo derecho a opinar.

CORONEL. - ¡No te fastidia, ahora vamos a estar pidiendo la opinión uno a uno!

DOCTOR. - ¡Pues claro que sí, esto es una comunidad democrática y todos tenemos derecho a darla!

CORONEL. - ¡Ya salió la democracia! ¡Mire su democracia, ya ve cuantos somos, los de siempre!

ELENA. - A mí, como dije antes no se me había comunicado nada.

HORTENSIA. - El Señor bien sabe que no quiero mentir, pero creo que a mí tampoco...

CORONEL. - ¡Pues ya se lo estamos comunicando! ¿O no?

PILAR. - Pues nosotros si lo sabíamos, ¿verdad, Ernesto?

ERNESTO. - ¡Toma, claro! Para eso somos los secretarios y lo hemos movido todo.

CONCHA. - No diga todo, que los pasos pertinentes los hemos dado nosotros.

PILAR. - Ya, Concha, ya. Ernesto es que no sabe lo que dice.

ERNESTO. - Ya lo creo que sé lo que digo, anda que no he tenido que dar pasos.

HORTENSIA. - (*Muy solemne*) Pero usted, gracias al Señor que le ha dado una buena salud, está en mejores condiciones que yo que casi no puedo caminar.

ERNESTO. - (*Con la expresión de bobalicón mira al resto de los reunidos esperando que le den la respuesta*) Gracias, ¿a quién?

HORTENSIA. - Al señor, ya sabe...

DOCTOR. - No sé si han pensado en la cantidad de problemas que se nos vienen encima. Uno de ellos es la limpieza de la escalera.

ELENA. - El doctor tiene razón, yo, por ejemplo, suelo estar mucho de viaje y me es imposible limpiar la portería.

HORTENSIA. - A mí, bien sabe el Señor que no me importaría bajar a limpiarla, pero con este dolor

que tengo permanente en el lumbago hay días que no puedo ni moverme. Y seguro que se tiene que limpiar todos los días, ¿no?

CONCHA. - ¡Naturalmente!

ERNESTO. - (*Dándole un golpecito*) Doctor... usted no tiene problemas porque su enfermera se la puede limpiar.

DOCTOR. - ¡No diga bobadas! ¡Cómo voy a mandar a mi enfermera a limpiar la portería!

CORONEL. - ¡Bueno, ya está bien! (*Al Doctor*) ¡Usted, ha creado un problema que ahora no tenemos, ni viene a cuenta, deje de poner peros a todo y cállese un poco!

DOCTOR. - ¡Pero lo tendremos, estará todo hecho una porquería!

CORONEL. - Pues se pone una señora de la limpieza que venga a hacerlo.

PILAR. - ¡Ve, ya está todo resuelto, tantos peros, tantos peros!

DOCTOR. - ¿Están seguros? ¿Saben cuánto tendremos que pagarle? Ah, y además se tendrá que asegurar.

CORONEL. - ¡Ya está bien, sólo piensa en lo que tendrá que pagar!

DOCTOR. - Pues claro, como todos.

CORONEL. - (*Con intención*) Pues usted no tendrá problema, porque a todas las tontas que se ponen en sus manos... ¡les quita los kilos como puede y el dinero!

DOCTOR. - ¡Esto es demasiado! ¡A usted, no le interesa saber lo que yo hago con mis clientes!

CORONEL. - ¡Desde luego qué no me importa, pero se ha pasado el rato buscándole complicaciones a todo!

HORTENSIA. - (*Con mucha cautela*) Yo no quiero molestar, pero me gustaría saber, cuánto nos costará el aparato ese a cada vecino.

ELENA. - Una buena pregunta... ¿Supongo que habrán pedido algún presupuesto?

PILAR. - ¡Pues claro! Ernesto se ha movido mucho para conseguirlo.

CONCHA. - Ernesto no ha sido el único.

PILAR. - Ya, ya, Concha.

DOCTOR. - ¿Habrán pedido varios?

CORONEL. - ¡No hace falta complicarse tanto la vida, valdrán en todos sitios por el estilo!

(*Entra de la calle con dirección al ascensor OLGA, una chica joven y de aspecto moderno*)

ERNESTO. - Menos mal, ya faltamos menos.

OLGA. - Buenas tardes. Hola, Ernesto...

ERNESTO. - (*Atontado*) Holaaaa...

PILAR. - (*Le da un codazo*) ¡¡Ernesto!!

ERNESTO. - ¿Qué...?

PILAR. - ¡Despierta de una vez!

ERNESTO. - Pilar, si no estoy dormido, mira, míralo (*Abre los ojos*)

PILAR. - (*Le da un empujón*) ¡Deja de hacer bobadas!

CONCHA. - (*A Olga*) ¿No bajan tus padres a la reunión?

OLGA. - Mis padres no están, se han marchado de fin de semana.

CONCHA. - ¡Vaya! Pues quédate tú.

OLGA. - ¿Yo...? Ni pensarlo. Ahora mismo subía a buscar mis cosas y me largo enseguida con unas amigas a la costa.

DOCTOR. - Yo ya he dicho que era un mal día.

CONCHA. - (*Cabreada*) ¡Mira qué bien, aquí cada uno hace lo que le da la gana, si todos hicieramos lo mismo, así irían las cosas!

OLGA. - (*Riéndose con intención*) Ya están ustedes aquí para solucionarlas ¿No...?

PILAR. - ¡Pero la obligación de tus padres es estar aquí como nosotros!

OLGA. - Si les parece bien les pediremos permiso a ustedes para salir ¡No te fastidia ahora! No hubieran cogido este día para la reunión.

PILAR. - ¡Si hemos escogido este día es porque es el mejor para todos!

OLGA. - ¿Sí...? Ya lo veo...

PILAR. - ¿La oyen lo que está diciendo...?

ERNESTO. - Y tiene razón, yo he tenido que bajar corriendo y...

PILAR. - ¡Ernesto, deja de decir tonterías, que el partido ya había terminado!

ELENA. - Bueno, si no se dan un poco de prisa yo tendré que marcharme.

HORTENSIA. - Sí, por favor, yo he dejado la cena a medio hacer.

OLGA. - ¿Subes, Elena?

ELENA. - Sí, sí, porque aquí no hay forma de aclarar nada.

DOCTOR. - Yo también me marcho, esto se está alargando mucho y no llegamos a ninguna parte.

(*Por la entrada de la calle llega RAMON, es el marido de SANDRA*).

RAMON. - (*Con intención*) Mi madre, reunión de pastores ovejas muertas.

HORTENSIA. - ¡Eh, oiga!

RAMON. - ¿Qué...?

HORTENSIA. - Su mujer no está, ha salido a buscarle.

RAMON. - ¿Para qué?

ERNESTO. - ¡Quería jamón!

RAMON. - ¡Vaya perra le ha cogido con lo del jamón! Bueno, gracias por la información.

CORONEL. - (*Con autoridad*) ¿Supongo que se quedará usted en la reunión?

RAMON. - Pues supone usted mal. ¿Para qué me voy a quedar?

CONCHA. - Para qué va a ser, para llegar a un acuerdo.

RAMON. - No hace falta, seguro que ya lo tienen ustedes todo acordado.

ERNESTO. - Es verdad, ya está todo acordado.

PILAR. - ¡Ernesto! ¡Anda cállate un poquito, guapo!

ERNESTO. - ¿Por qué?

PILAR. - ¡Porque lo digo yo!

CORONEL. - (*Subiendo el tono*) ¡Después no se queje de lo que decidamos!

RAMON. - ¡No, hombre, no! ¡Me lo comunican por carta!

CONCHA. - ¡Será cara, sólo faltaba eso!

OLGA. - ¿Subes, Ramón?

RAMON. - Desde luego que sí. Da gusto subir acompañado por dos monadas como vosotras.

CORONEL. - (*Sorprendido*) Pero... ¿se marcha?

RAMON. - ¡Qué sí, pesao! Quién se pierde la oportunidad de subir con dos bombones como estos. Pero qué buena te estas poniendo, Olgita y anda que la modelo está de toma pan y moja. La Miss España es un callo a vuestro lado.

OLGA. - Qué guasón estas.

ELENA. - Si te escuchara Sandra...

(*Los tres se retiran por el ascensor*)

CONCHA. - Menudo cara está hecho ese.

DOCTOR. - Bueno, yo también me marcho, ya hace rato que tenía que estar en otra parte.

CORONEL. - En estos casos no hay que venir con el tiempo justo.

DOCTOR. - Yo no he venido con el tiempo justo, llevamos más de una hora aquí sin solucionar nada de nada.

CONCHA. - Se ha perdido mucho tiempo porque usted se ha pasado todo el rato presionando.

DOCTOR. - (*Con gesto amanerado*) ¿Yo, presionándoles? ¡Ustedes, que ya lo tenían todo decidido sin consultar!

CORONEL. - ¿Qué está insinuando?

PILAR. – Eso, dígalo.

DOCTOR. - Que somos muchos vecinos y las decisiones se toman entre todos. Yo, todavía no sé por qué quieren echar a la portera.

HORTENSIA. - No se alteren, por el amor de Dios.

CONCHA. - ¡Pues, está bien claro, está todo que da asco! (*Pasa el dedo por la barandilla de la escalera*) ¿Lo ve...? ¿Tenemos o no tenemos razón?

DOCTOR. - Yo no soy tan mirado, a mí ya me está bien así, ya veremos cómo estará luego.

PILAR. - Siendo médico tendría que gustarle un poquito más la higiene...y no ser tan despreocupado para esas cosas...

HORTENSIA. - (*Con mucho cuidado*) Bien sabe Dios que a mí no me gusta interrumpir, pero esto, ¿durará mucho?

DOCTOR. - ¡Por mí, no va a durar nada, ahora mismo me marcho, porque ya están empezando a salir palabras mal sonantes! ¡Buenas noches!

HORTENSIA. - Doctor, no era mi intención molestarle. ¿Tiene que reunirse con alguien?

DOCTOR. - Eso es cosa mía, y no se preocupe que usted no me molestado han sido otras personas.

CORONEL. - (*En un movimiento brusco se le mueven todas las medallas*) ¡Después no se queje de lo que decidimos!

(*El DOCTOR se retira por la salida hacia la calle sin contestar*)

CONCHA. - Es un engreído y un antipático.

PILAR. - Y quería dominarnos a todos. Con esa pinta de mariposita que tiene...

HORTENSIA. - No quiero ponerme pesada, pero me gustaría saber si nos costará mucho ese aparato, porque yo tengo una pensión pequeña y...

CONCHA. - ¡No se preocupe, que podrá seguir comiendo!

HORTENSIA. - (*Con Cautela*) Bueno, pero... ¿cuánto...?

CORONEL. - Poco, unos doscientos euros a cada vecino más o menos.

HORTENSIA. - ¡Dios mío, Virgen Santísima doscientos euros! Yo creía que tocáramos a menos. ¿Supongo que pagarán todos?

CORONEL. - ¡Ya lo creo, de eso me encargaré yo personalmente!

(*Sale del ascensor ELENA, va muy arreglada*)

PILAR. - ¿Se marcha?

ELENA. - Sí, ya les he dicho antes que tenía un pase a las diez.

ERNESTO. - (*Mirando el reloj*) Pero todavía no lo son.

ELENA. - No pretenderán que llegue cuando esté empezado.

CORONEL. - (*Muy autoritario*) Pues sepa que tendrá que pagar como los demás vecinos.

ELENA. - Y pagaré, cuando todos estemos de acuerdo.

CONCHA. - ¡Ya lo estamos!

ELENA. - Yo aquí sólo veo una minoría.

CORONEL. - Los demás se tendrán que conformar, por no haberse presentado a la reunión.

ELENA. - (*Tratando de quitárselos de encima*) Por favor, no me hagan perder más el tiempo.

PILAR. - ¿Cree que a nosotros nos gusta estar aquí?

HORTENSIA. - ¿A estas horas se hacen pases de moda?

ELENA. - Sí, señora... Buenas noches. (*Se retira por la salida de la calle*)

PILAR. - Desde luego, es una creída.

ERNESTO. - Pilar, yo la encuentro muy guapa...

PILAR. - (*Le da un empujón*) ¡Qué sabrás tú!

CONCHA. - Igual cree esa que no va a pagar.

HORTENSIA. - ¡Ah! Pues si ella no paga que está ganando mucho dinero con su cuerpo, yo tampoco que tengo una pensión de miseria. No vamos a pagar justos por pecadores...

CORONEL. - (*Alterado*) ¡Quién le ha dicho a usted que no va a pagar!

PILAR. - Coronel no se altere.

HORTENSIA. - Bien sabe el Señor que no me gusta meterme en nada, ni juzgar su criterio, pero yo encuentro ese aparato un poco caro.

PILAR. - ¡Cómo puede decir que es caro, es para toda la vida!

ERNESTO. - Eso si no lo rompen...

CONCHA. - ¿Quién lo va a romper?

ERNESTO. - ¡Yo que sé! Algun vecino a mala leche.

HORTENSIA. - Sólo nos faltaba eso, con lo que nos va a costar a cada uno para que luego dure dos días.

(*Salen del ascensor OLGA y RAMÓN*).

CONCHA. - ¡Eh, tú!

OLGA. - ¿Es a mí?

CONCHA. - Sí, a ti.

OLGA. - Señora, tengo un nombre.

CONCHA. - Les dices a tus padres que ya está todo acordado.

RAMON. - ¿Quién lo ha acordado?

PILAR. - ¡La comunidad!

OLGA. - ¿Qué comunidad?

CONCHA. - ¡La de aquí, naturalmente!

OLGA. - Yo aquí sólo veo cuatro pelagatos.

PILAR. - ¿Qué nos ha llamado?

ERNESTO. - Pela-gatos

CORONEL. - ¡Pelagatos! ¡Somos...!

RAMON. - (*Cortándole*) ¡Eso!

ERNESTO. - Nosotros no hemos pelado nunca un gato, ¿verdad, Pilar?

PILAR. - (*Le da un pellizco a Ernesto*) ¡Cállate!

ERNESTO. - ¡Ayyy..., por qué me pellizcas! Que yo sepa ahora no he metido la pata...

PILAR. - ¡Cállate de una vez!

ERNESTO. - Pues luego no me digas ¡Ernesto, di algo!

CONCHA. - (*A Olga y Ramón*) Son ustedes unos...

OLGA. - (*Cortándola*) ¡Vecinos! Ciento, ha acertado usted.

RAMON. - Coronel, lo poquito que somos y cuanto mandamos, ¿eh...?

CORONEL. - ¡¡Oiga!!

RAMON. - No queremos oír nada porque ahora mismo nos largamos.

OLGA. - Tenemos prisa, si ustedes tienen toda la noche para seguir discutiendo... ¡nosotros no!

HORTENSIA. - ¿Se van juntos?

RAMON. - ¡A usted que le importa! ¿Qué quiere, vender la noticia por el barrio? ¡Pues le ha salido mal, cotilla!

HORTENSIA. - ¡Grosero, hereje!

RAMON. - ¡Cotilla! Me voy a ver si encuentro a mi jamona.

(*OLGA y RAMÓN se retiran hablando por la puerta de salida*)

OLGA. - Si te apetece venir a la costa, ya sabes...

RAMON. - ¿Sólo?

OLGA. - Tú mismo...

CONCHA. - Menudo descaro, que manera de provocar a un hombre casado.

PILAR. - Esta niña se está haciendo una sinvergüenza de cuidado, pero con Ernesto que no se le ocurra meterse ¡porque se va a llevar un buen chasco!

CONCHA. - (*Con intención*) Seguro que sí...

HORTENSIA. - ¿Se habrán marchado juntos?

PILAR. - No me extrañaría nada, tienen cara para eso y para mucho más.

ERNESTO. - Si se entera Sandra, le forma la de San Quintín el amargao.

PILAR. - Tú, preocúpate de ti.

(*Baja por la escalera EULALIA*)

EULALIA. - (*Muy respetuosa*) Buenas noches...

(*Todos contestan*)

ERNESTO. - ¿Y qué, a dar una vueltecita por ahí?

EULALIA. - No, he bajado para hablar con ustedes.

CORONEL. - ¿Con nosotros? ¿De qué?

EULALIA. - Tengo un problema que quería ver si ustedes me lo podían arreglar.

CONCHA. - ¿Viene en nombre del propietario?

EULALIA. - No, en el mío propio.

CORONEL. - Imagino que será algo referente a la comunidad.

EULALIA. - Muy de la comunidad no sé si lo es, pero...

CONCHA. - A ver que es ese asunto de tanta importancia para bajar a interrumpir.

EULALIA. - Pues verán, como veo que ustedes tienen mucha fuerza en esta escalera he pensado que me podría ayudar a solucionar el problema.

CORONEL. - Depende de lo que se trate.

PILAR. - No de más rodeos y cuéntelo ya, porque a este paso nos llegan las vacaciones

ERNESTO. - Nosotros por vacaciones no estamos, ¿verdad, Pilar?

PILAR. - ¡Claro que no!

EULALIA. - Desde luego es una cosa de mucha importancia.

CONCHA. - ¡Bueno, cuéntelo ya!

HORTENSIA. - ¿Le ocurre algo con algún vecino?

EULALIA. - Sí.

HORTENSIA. - ¿Con quién?

CONCHA. - ¡Déjela hablar de una vez!

EULALIA. - Ya saben que vivo debajo de esas punkis.

ERNESTO. - ¡Mi madre, le ha tocado la lotería!

EULALIA. - Ya creo y sin echar.

CORONEL. - Continúe que tenemos un asunto pendiente.

ERNESTO. - ¿Pendiente? ¿Pendiente de dónde?

PILAR. - Ernesto, cállate un ratito, guapo.

CONCHA. - Bueno, venga, siga.

EULALIA. - Tengo el piso hecho una pena, una verdadera calamidad, cualquier día tiene que venir los bomberos.

HORTENSIA. - (*Asustada*) No me diga eso que yo vivo en el piso de abajo. ¡Dios mío, socórreme!

CONCHA. - Y a los demás que nos den morcilla.

CORONEL. - Calma, calma. No tenemos por qué alarmarnos, todavía no sabemos de qué se trata.

EULALIA. - ¿Sigo o se lo cuento por capítulos?

CORONEL. - ¡Siga, siga!

EULALIA. - Como les he dicho lo tengo todo hecho una calamidad, sobre todo el baño, esas punkis o como se llamen, cada dos por tres se dejan el grifo abierto y seguro que el desagüe lo tienen lleno de pelos y ¡madre mía! tengo el techo lleno de humedad, y la habitación de mi hijo está toda florecida de tanta tanto agua como rezuma por esa pared.

ERNESTO. - Menudo problemón.

CORONEL. - Pues lo sentimos mucho, pero ese no es problema de la comunidad. Llame al dueño.

EULALIA. - Ya lo he llamado, pero está fuera y su secretaría me ha dicho que me las arregle como pueda, y como yo sola no puedo solucionarlo... pues he pensado que como ustedes tienen tanta fuerza en esta escalera pues...

CORONEL. - (*Subiendo el tono*) ¡Qué fuerza, que fuerza ni que ocho cuartos! Lo que pasa que somos vecinos que miramos por la comunidad, pero lo de usted a nosotros ¡ni nos va ni nos viene!

EULALIA. - (*Gritando*) ¡Muy bonito, para mandar está ustedes siempre dispuestos, pero para ayudar no!

CORONEL. - ¡No me levante la voz!

EULALIA. - ¡La levanto todo lo que quiero, para eso pago como los demás! ¡Si ustedes no están dispuestos a ayudarme recurriré a Sanidad y van a saber qué tipo de personas son ustedes!

HORTENSIA. - (*Agarrándola nerviosa*) A mí, no me meta en líos que yo no sé nada de nada.

EULALIA. - ¡Usted que se cree que yo me chupo el dedo, no es usted nadie...!

CONCHA. - Eulalia, cálmese, eso lo tiene que solucionar el dueño, nosotros bastante tenemos con arreglar esta comunidad, sólo nos faltaba meternos donde no nos llaman.

EULALIA. - ¡Qué lástima que no les llegue el agua al cuello y se ahoguen! ¡Me marcho y gracias por su ayuda!

(EULALIA se retira por la escalera con muy mal humor)

PILAR. - Madre mía, cómo se ha puesto. Coronel, ¿cree que irá a Sanidad?

CORONEL. - ¡Qué haga lo que le dé la gana! Ya tenemos bastantes problemas para encima tener que solucionar el suyo.

HORTENSIA. - Dios nos libre de meternos con esas sinvergüenzas, con la lengua que tienen.

CONCHA. - ¿Acaso les tiene miedo?

HORTENSIA. - Más que a una vara verde.

CORONEL. - Ya está bien, dejemos ahora tanta tontería. Lo que veo es que vamos a tener un pequeño problema porque el portero automático ya está encargado, lo vienen a colocar esta semana y después de ver a la fiera de la portera como se ha puesto hablando de su abogado... ya veremos qué pasa.

PILAR. - ¿Qué puede pasar?

CORONEL- Esperemos que nada y cuando el portero esté instalado la portera tendrá que marcharse porque ya no necesitaremos sus servicios.

CONCHA. - Hay que modernizarse, porque hoy en día decir que tenemos portera suena tan antiguo como recordar la figura del sereno.

PILAR. - Menuda razón tienes...

CORONEL. - Lo mejor es que nos retiremos a descansar que por hoy ya hemos tenido bastante jaleo.

HORTENSIA. - Entonces, ¿cuánto nos toca pagar a cada uno?

PILAR. - ¡¿Otra vez con eso?! Ya se lo diremos exactamente cuando esté instalado. Ahora, márchese a dormir tranquila.

HORTENSIA. - Ya veremos si puedo.

(Todos se retiran dándose las buenas noches, unos suben por la escalera y otros por el ascensor.)

Oscuro

2º ACTO

(Con el telón cerrado y música de fondo se escucha la voz en off que narra los posibles acontecimientos del segundo acto, con cierta ironía)

VOZ EN OFF. - Ya ven, amigos, quizás se pregunten ustedes cómo un ingenio tan común como es el portero automático haya conseguido de tal manera trastornar las apacibles, rutinarias y aburridas vidas de nuestros vecinos, o ¿Cómo conseguirá el Coronel mantener el orden sin poner en peligro su rango y sus medallas? ¿De qué manera podrá el doctor quedarse a solas con su misteriosa cita? ¿Cuándo verá la portera el ansiado final de tan angustiosa situación? Incluso puede que también se pregunten, ¿verá doña Hortensia la luz divina anunciándole el final de la catástrofe? ¿Conseguirá Sandra que su marido no vuelva a huir en busca de doscientos gramos de jamón sean o no, pata negra? ¿Podrá Ernesto acceder a un trasplante de cerebro para poner solución a su evidente problema de inteligencia? Pues permanezcan atentos porque todas estas preguntas y mucho más, lo verán en la segunda parte de “MEDALLAS, SANTOS Y ESCOBAS”.

(En escena se encuentra la PORTERA sentada en una silla haciendo punto, tiene la radio puesta con alguna canción pegadiza)

PORTERA. - Mira por dónde, voy a tener tiempo para acabar este jersey que empecé hace diez años. El color está pasao de moda, pero me lo pondré para estar aquí, porque si esos se han creído que me voy a marchar ¡lo tienen claro!

(Sale del ascensor HORTENSIA)

HORTENSIA. - Buenos días nos del Señor.

PORTERA. - ¡Eso, que nos los de buenos!

HORTENSIA. - Tomasa, ¿cómo se encuentra usted?

PORTERA. - ¿No lo ve? ¡Vivita y coleando! ¿Qué esperaba?

HORTENSIA. - Sólo lo preguntaba para saberlo.

PORTERA. - Pues ya lo sabe. De usted no se puede decir lo mismo, la veo una mala cara...

HORTENSIA. - ¿Sí...? Por Dios no me asuste. Aunque no me extraña nada porque he pasado una noche malísima.

PORTERA. - Eso es la conciencia.

HORTENSIA. - Pobre de mí, si yo no he hecho nada.

PORTERA. - Pues de eso se trata, que usted nunca hace nada por ayudar.

HORTENSIA. - Podre de mí. ¿A quién tengo que ayudar?

PORTERA. - ¡Al prójimo! ¿Cómo es que sale hoy tan temprano?

HORTENSIA. - Quiero ir a misa de ocho.

PORTERA. - ¿Tiene qué confesarse?

HORTENSIA. - No, por Dios. ¿Por qué me lo dice?

PORTERA. - Por nada, por nada...

HORTENSIA. - Quiero ir temprano para tener tiempo de pedir por la paz del mundo.

PORTERA. - ¡Madre mía! No sea tan ambiciosa, yo si fuera usted me conformaría con pedir por la paz de esta escalera, y ya parecerá que ha cumplido.

HORTENSIA. - Tomasa, puede que tenga razón, porque está todo muy revuelto... ¿No sabe usted lo que se formó la otra noche?

PORTERA. - ¡Y eso no es nada para lo que se formará!

HORTENSIA. - Ya me parecía a mí que las cosas no podían quedar así. (*Suspirando*) Pobrecita, espero que el Señor la ayude.

PORTERA. - ¿Usted no sabe que el Señor dijo ayúdate que te ayudaré?

HORTENSIA. - Cómo no lo voy a saber, conozco toda la palabra del Señor.

PORTERA. - Lo bueno no es conocerla sino intentar practicarla.

HORTENSIA. - Sí, ya lo sé. Pero no puedo saber, si como una buena cristiana la conocerá y como estaba tan alterada...

PORTERA. - ¡Cómo no la voy a conocer, que no soy un salvaje! ¿Cómo estaría usted en un caso así?

HORTENSIA. - Tomasa, hija, no lo sé porque mi marido nunca salía sin mí.

PORTERA. - ¿A qué viene ahora lo de su marido?

HORTENSIA. - Ah, pero..., ¿no se ha enterado?

PORTERA. - Si no me he enterado, ¿de qué?

HORTENSIA. - ¡De esa santa, que es una santa y tendría que estar en los altares!

PORTERA. - (*Sorprendida*) ¡Gracias, pero no hay para tanto! Además, no me gusta que me coloquen en alturas, después se cae una y se desconcha la nariz.

HORTENSIA. - Bien sabe Dios que intento entenderla, pero no lo logro.

PORTERA. - Pues anda que yo... Parece que me esté hablando en clave.

HORTENSIA. - Venga, venga, que se lo cuento.

PORTERA. - ¡Menos mal!

HORTENSIA. - El Señor sabe que no me gusta meterme en vida ajena.

PORTERA. - (*Con intención*) Ya... El Señor puede que lo sepa, pero los demás...

HORTENSIA. - Pero hay cosas, hija mía, (*Levantando las manos*) ¡que claman al cielo!

PORTERA. - ¡Qué me va a contar a mí! No sé si quiero que me cuente algo, pero... ¡cuente, cuente!

HORTENSIA. - (*Suspirando*) Que tristeza me dio, pensar que una mujer joven en la flor de la vida, tenerse que ver así con ese sinvergüenza...

PORTERA. - No sé, no sé, me parece que usted y yo no estamos hablando la misma conversación.

HORTENSIA. - ¿Sabe que a la pobre Sandra se le ha marchado el marido con esa descarada?

PORTERA. - ¿De qué descarada me habla?

HORTENSIA. - De Olga, la hija de Lucía (*Mirando al techo*) ¡Dios mío, no sé dónde vamos a ir a parar!

PORTERA. - ¡Al hoyo! ¡Menudo lío, ya se apañarán!

HORTENSIA. - (*Sigue con lo mismo*) No puede uno fiarse de nadie (*Mira para la escalera y baja Sandra*) Cuidado, que baja por la escalera.

SANDRA. - (*Muy seria*) Buenos días.

HORTENSIA. - Buenos días nos del Señor. Sandra, ¿ha vuelto tu marido?

SANDRA. - No, ¿lo ha visto usted?

HORTENSIA. - No. Hija mía, no te preocupes, pero te aconsejo que no dejes solo a tu marido, hay mucha lagarta suelta. Los caminos del pecado son muy numerosos y muchas veces se encuentran muy cerca de nosotros...

SANDRA. - ¡No tengo ni puñetera idea de que me está hablando! (*A la portera*) ¿Y usted lo sabe?

PORTERA. - ¡Yo no sé na!

HORTENSIA. - Me gustaría quedarme hablando contigo hija, pero tengo que ir a rezar por la paz de toda escalera, que se encuentra perdida, pero muy perdida. A ver si vuelve a reinar la calma.

PORTERA. - ¡Ah, pero alguna vez hemos tenido de eso! ¡Corra, corra a calentar el asiento antes de que se lo quiten!

(*HORTENSIA se aparta a mirar los buzones tratando de disimular*)

SANDRA. - (*A la portera*) ¿Ha visto a mi marido?

PORTERA. - ¡Ni lo he visto ni me interesa! Vaya... ¿Todavía no ha vuelto?

SANDRA. - No.

PORTERA. - Pues ella sí ha vuelto...

SANDRA. - ¿Ella? ¿Quién es ella?

PORTERA. - Yo no quiero líos en mi portería, ¡Allá os apañéis todos!

SANDRA. - Estoy que me va a dar algo, a lo mejor ha tenido un accidente.

PORTERA. - Ya lo creo, el día que se casó contigo.

SANDRA. - Qué pasa aquí esta mañana... ¿Se puede saber a qué viene ahora eso?

PORTERA. - ¡Viene a que no le dejas ni coger aire para respirar! ¡Y no me interesan los problemas de los demás porque yo ya tengo bastantes con los míos!

SANDRA. - ¡Nadie le ha pedido que se meta, pero está hoy de un borde que no se la puede aguantar!

PORTERA. - ¡Cómo me hacen estar!

SANDRA. - Si viene mi Ramón, le dice que estoy en casa de mamá.

PORTERA. - Le mandas un mensajito, que yo no hago de recadero de nadie.

SANDRA. - (*Subiendo el tono*) Entonces, ¿para qué está aquí?

PORTERA. - ¡Para adorno!

SANDRA. - ¡Menudo adorno!

PORTERA. - ¡Déjenme en paz que tengo muchas cosas que hacer! (*Se retira a su vivienda*)

SANDRA. - (*Con dirección a la calle*) ¡Ya lo veo!

HORTENSIA. - (*Llamándola*) Sandra, Sandra.

SANDRA. - ¿Qué pasa?

HORTENSIA. - He oído lo que le decías a la portera. Que si ve a tu marido le diga que estás en casa de tu madre.

SANDRA. - Sí, y se ha puesto hecha una fiera.

HORTENSIA. - ¿Quieres que se lo diga yo? (*Con intención*) Pero si no viene solo...

SANDRA. - ¿Con quién va a venir?

HORTENSIA. - Con alguna o algún amigo, como estáis de esa manera...

SANDRA. - ¿De qué manera? ¿Qué quiere decir?

HORTENSIA. - Que parece que no estáis pasando un buen momento.

SANDRA. - ¿Usted, nunca tenía un mal día con su marido?

HORTENSIA. - Nosotros no, nunca tuvimos una mala palabra. Nos teníamos muchísimo respeto el uno al otro.

SANDRA. - ¡Eso tendría que verse!

PORTERA. - (*Saliendo de su vivienda*) ¡Pero bueno, todavía está usted aquí! A este paso no llega ni a la misa del gallo.

HORTENSIA. - El Señor sabe que sólo quiero ayudar a esta pobre.

PORTERA. - (*Con intención*) Desde luego que lo sabe....

SANDRA. - ¿A mí? A mí, ¿por qué me tiene que ayudar? ¡Estoy harta de tanto, pobre, pobre!

HORTENSIA. - Hija mía, no te pongas nerviosa que yo sólo quería darte un consejo y...

SANDRA. - ¡Ni soy su hija ni necesito sus consejos! ¡¿Lo ha entendido bien?!
30

HORTENSIA. - Bueno, hija, bueno. Una lo hace con la mejor intención y...

PORTERA. - ¡Ya está bien de tanta cháchara, a correr que tengo que fregar! (*A Hortensia*) ¡Y usted, deje de darnos sermones de buena mañana y vaya a rezar! ¡Venga a rezar!

HORTENSIA. - No se ponga así que ya me retiro.

PORTERA. - (*A Hortensia*) Si sigue entreteniéndose le van a cerrar la iglesia.

SANDRA. - La que se va soy yo, porque se traen un misterio que ya me está a mí mosqueando.

(*SANDRA se retira por la salida de la calle y la PORTERA entra en su vivienda*)

HORTENSIA. - Pobre chica, una santa eso es lo que es una santa...

(*Llega una chica de la floristería con un ramo de flores*)

HORTENSIA. - (*Llamándola*) ¡Chis, chis! Chica, ¿este ramo es para alguien de aquí?

FLORISTA. Sí, señora.

HORTENSIA. - ¿Me puedes decir a qué piso lo llevas?

FLORISTA. - ¿Y usted, para qué quiere saberlo?

HORTENSIA. - Para decirte si se encuentran a estas horas en casa.

FLORISTA. - Es para el tercero y seguro que están, lo sé porque el hombre que las encargó insistió mucho en que las trajésemos a primera hora. Dijo que quería darle con el ramo los buenos días.

HORTENSIA. - (*Para ella*) Tercero... tercero... ¡Virgen Santa, ahí vive esa descarada! (*Disimulando*) Qué bonitas son las flores, ¿verdad?

FLORISTA. - Sí, señora, son preciosas y hacen una ilusión... Sobre todo, si te las manda un hombre tan enamorado como el que las encargó.

HORTENSIA. - Hay veces que estos hombres lo hacen de forma anónima...

FLORISTA. - Sí, eso lo hacen algunos, pero este en concreto lo primero que hizo fue pedirnos una tarjeta para poner el nombre.

HORTENSIA. - ¿Y lo puso?

FLORISTA. - Ya le he dicho que sí. No recuerdo el nombre, pero recuerdo que empezaba por Ra...Ra...

HORTENSIA. - ¡Ramón!

FLORISTA. - Puede ser. Desde luego era corto. La frase si la recuerdo, era breve, pero clarita.

HORTENSIA. - ¿También puso una frase?

FLORISTA. - Sí, señora, como todos. (*Lo dice con voz de hombre y muy seria*) Puso: Con todo mi amor, por todo lo que hemos vivido juntos...

HORTENSLA. - (*Para ella*) Entonces...quiere decir que estos dos ya llevan tiempo en pecado... ¡Virgen Santa!

FLORISTA. - ¿Qué dice?

HORTENSLA. - Nada, hija, nada, estaba rezando.

FLORISTA. - Bueno, pues nada, nada, siga con sus rezos, yo no puedo perder más tiempo con usted que tengo la floristería cerrada.

HORTENSLA. - Sí, tengo que ir a rezar por todos los pecados de esta escalera.

(*LA FLORISTA se retira por el ascensor y la PORTERIA sale de su vivienda*)

PORTERA. - Pero, ¿todavía está aquí? ¡A este paso se le han acabao todas las misas, incluida la del gallo!

HORTENSLA. - Ya me marchaba, sólo miraba el buzón.

PORTERA. - ¿Para qué? Si ya sabe que el cartero no viene a estas horas.

HORTENSLA. - No lo recordaba.

PORTERA. - Ya...

HORTENSLA. - (*Se retira por la salida de la calle*) Buenos días.

(*LA PORTERIA entra en su vivienda y pone la radio. Hablan de la huelga de basureros*)

VOZ EN OFF RADIO. - Según ultimas noticias llegadas a nuestra redacción, ha sido convocada una huelga general de recogida de basuras en toda la ciudad. El paro del servicio de limpieza municipal, parece debido al desacuerdo existente, entre la patronal y los sindicatos, que amenazan con continuar la huelga por un plazo indefinido, hasta que no se consiga una mejora salarial para los trabajadores de este sector, que dicen no estar lo suficientemente recompensados. Seguiremos informando si la basura nos lo permite. Buenos días.

(*Sale del ascensor la FLORISTA y se retira por la salida de la calle*)

(*La PORTERIA sale de su vivienda con una bolsa llena de papeles y desperdicios y los esparce por la portería*)

PORTERA. - (*Tirando los papeles*) Mira que bien, sólo faltaba la huelga de basureros para ser perfecto. Si esos se han creído que voy a meter las bolsas en el patio de luces como otras veces ¡lo tienen crudo!

(*Por la escalera baja muy aprisa ERNESTO, lleva una caja un puzzle*)

ERNESTO. - ¡Portera, portera!

PORTERA. - ¿Qué tripa se te ha roto?

ERNESTO. - (Mirándose) ¡A mí? A mí, ninguna.

(La PORTERA se da media vuelta para meterse en su vivienda)

ERNESTO. - (Dando una patada a un papel) ¡Eh, oiga! (La coge por un brazo)

PORTERA. - ¡Las manos quietas!

ERNESTO. - Tienen que traerme un paquete y...

PORTERA. - ¿De verdad? ¡Pues que te aproveche!

ERNESTO. - Que quiero que cuando llegue lo recoja y me lo suba.

PORTERA. - ¿Esto qué es, un chiste, una broma o es que has perdido la memoria? ¿Ya no recuerdas que van a prescindir de mí por ese trasto?

ERNESTO. - (Simple) Ya... Pero todavía no lo han colocado...

PORTERA. - ¡Apártate de mí vista, tarugo, zoquete! ¡Será poca vergüenza! (Le da un empujón y le tira la caja y caen todas las piezas del puzzle por el suelo)

ERNESTO. - ¡Mire lo que ha hecho, tirarme todas las piezas! (Se pone a recogerlas)

PORTERA. - ¡Pues las recoges, así te entretienes mientras te llega ese paquete!

ERNESTO. - ¡Seguro que se me pierden las más importantes!

PORTERA. - ¡Ojalá te pierdas tú del mapa una larga temporada!

ERNESTO. - (Amenazando) ¡Hablaré con el Coronel!

PORTERA. - ¡Como si hablas con el alcalde! (Se retira a su vivienda)

(Sale el CORONEL del ascensor y tropieza con ERNESTO que está recogiendo las piezas por el suelo)

CORONEL. - ¡Por qué no mira dónde se pone! ¿Se puede saber qué hace tirado en el suelo?

ERNESTO. - Que se me ha caído todo...

CORONEL. - (Con intención) Todo...todo... ¡A ver si tenemos más cuidado y dejamos de jugar con esas tonterías!

ERNESTO. - (Con intención) Vamos, Coronel... que usted también juega con los soldaditos que yo le he visto...

CORONEL. - ¡Son tácticas militares!

ERNESTO. - ¿El qué, jugar con los soldaditos...?

CORONEL. - Yo no juego, ¡monto las batallas!

ERNESTO. - ¿Para qué? Si no estamos en guerra.

CORONEL. - (*Dándose importancia*) El enemigo se puede despertar en cualquier momento

ERNESTO. - (*Por la portera*) Si no está dormido, (*Empujándole*) puede salir y darnos un empujón.

CORONEL. - ¡Cree que mi rango lo he conseguido a base de empujones!

ERNESTO. - No sé.

CORONEL. - (*Ofendido*) ¡Lo he conseguido siendo perseverante, sabiendo usar la cabeza y la táctica oportuna y una simple portera no va a ganar la batalla a todo un hombre de mando como yo! ¿Lo ha entendido?

ERNESTO. - (*Con una sonrisita*) Sí, sí, pero yo de momento sólo veo la portería hecha un asco.

CORONEL. - ¡Son sus piezas que dañan la vista! ¡Recójalas rápido!

ERNESTO. - (*Dando patadas*) Ya... ¡Y todos estos papelotes...?

CORONEL. - Ahora no puedo ocuparme de esto, tengo que marcharme a la oficina.

ERNESTO. - (*Sorprendido*) ¡A la oficina?

CORONEL. - Sí. A trabajar ¡Sabe lo que es eso?

ERNESTO. - Sí, sí, ya lo sé, lo he practicado en alguna vez. Coronel, ¡no estaba usted en el ejército?

CORONEL. - (*Reservándose algo*) Sí, bueno, pero me han destinado a las oficinas por... ¡La vida militar es así!

ERNESTO. - Si usted lo dice... Yo como no he hecho la mili...

CORONEL. - ¿Por qué?

ERNESTO. - Me dieron por inútil.

CORONEL. - Ya... ¿Por qué?

ERNESTO. - Tengo los pies planos, ¿sabe? Me viene de familia.

CORONEL. - (*Retirándose hacia la calle*) Si sólo fueran los pies... ¡La cabeza también la tienes plana!

(*La PORTERA sale de su vivienda con un cesto se retira por la salida de la calle y se cruza con una chica con un aire bohemio, lleva una guitarra*)

PORTERA. - (*Mirando a Ernesto*) ¡Ahí te quedas pimiento!

GUITARRISTA. - ¡Eh, tío!

ERNESTO. - ¿Es a mí?

GUITARRISTA. - Sí, claro, a ti. ¿Qué te pasa, estás coloao o tienes artrosis en el ombligo?

ERNESTO. - ¡Qué no ves que se me ha caído todo!

GUITARRISTA. - (*Con doble intención*) Todo...todo... ¡Tío, pues tienes un buen problemón!

ERNESTO. - Ya lo creo, seguro que se me pierde algo.

GUITARRISTA. - ¡No, hombre no! ¡Arriba ese ánimo que aquí estoy yo para ayudarte! ¿Quieres que te ayude?

ERNESTO. - Bueno.

GUITARRISTA. - Con la moral, claro. ¡Pues eso está echo! Tú me das diez eurillos, y yo te toco.

ERNESTO. - ¿Me tocas? ¿El qué?

GUITARRISTA. - ¡La guitarra, tío! ¿Qué creías que era, el piano? (*Con pitorreo*) Hoy me has cogido débil y no lo he traído a cuestas... Además, por esa miseria hoy ya no se mueven ni las manos.

ERNESTO. - Bueno, como quieras.

GUITARRISTA. - ¡Tío, un trato es un trato! ¡Choca esos cinco! Toma, (*Le da una pieza del suelo*) para que luego digas que mi menda no te ayuda.

La CHICA se sienta en la escalera y empieza a tocar la guitarra, ERNESTO sigue recogiendo las piezas. Se abre la puerta del ascensor y sale EULALIA y tropieza con ERNESTO.

EULALIA. - ¡Cómo se le ocurre ponerse en la puerta del ascensor para hacernos caer!

GUITARRISTA. - Ya le he dicho yo que tuviera cuidado...

EULALIA. - (*Alterada, la confunde con las punkis de arriba*) ¡Yo también tengo ganas de decir algo!

GUITARRISTA. - (*Con cierto pitorreo*) ¿Sí...? Pues por mí no te prives y suéltalo.

EULALIA. - ¡Estoy más que harta de la gotera!

GUITARRISTA. - (*Sigue igual que antes*) ¡Di que sí, me parece muy bien! Claro, que...depende de dónde tengas la gotera...

EULALIA. - ¡Dónde la voy a tener, bien lo sabes tú!

GUITARRISTA. - Si tú lo dices...

EULALIA. - ¡Quiero que sepáis que pienso ir a Sanidad!

GUITARRISTA. - ¡Claro que sí! ¡Qué menos...! ¡Qué sepan lo que se siente con una gotera!

EULALIA. - ¡No creáis que no lo voy a hacer!

GUITARRISTA. – (*Burlándose de ella*) Tranquila, que yo te apoyo en todo. Y quiero que sepas que yo en tu caso, que no sé realmente cuál es, iría también a los bomberos, a la policía y al ejercito ¡Qué se muevan todos los aparatos que tienen!

EULALIA. - ¡Al ejercito ya lo tenemos en la escalera y no hace nada más que mandar!

GUITARRISTA. - Ya se sabe, para eso es el ejército y ahora no hay mili, pues en algo se tiene que entretener...

EULALIA. - ¡Pues a vosotras os vendría bien un poco de disciplina, un poco de jarabe de palo! ¡Qué todo os lo tomáis a pitorreo! ¡Claro, como vosotras vivís encima...!

GUITARRISTA. - (*Le sigue la corriente*) Oye, tranquila, que de pitorreo nada, puedes estar segura y si ti te hace ilusión que yo viva arriba, yo soy muy complaciente y me instalo arriba. No quiero crearte ningún trauma. Créeme, yo iría ahora mismo a Sanidad ¿No has dicho que ibas a Sanidad?

EULALIA. - No te entiendo, si voy a Sanidad y suben a vuestro piso seguro que se caen de espaldas de la porquería que tenéis en él.

GUITARRISTA. - Tú haz lo que tengas que hacer.

EULALIA. - ¡Ya lo creo que lo voy hacer, ahora mismo! ¡Que se entere el Coronel de lo que vale un peine!

GUITARRISTA. - Ah, pero, en esta historia, ¿también hay Coronel?

EULALIA. - ¡Menuda pregunta, pues claro, ese es el ejército!

GUITARRISTA. - ¡Ay, que cabeza la mía! (*Al público*) Y si sigo aquí la voy a perder como este par.

EULALIA. - ¡Ahora mismo voy corriendo que vengan y vean lo que me estáis haciendo! ¡Y ese mandón del Coronel sin querer ayudarme a solucionar nada!

GUITARRISTA. – Sí, corre, corre, que cierran. Aquí no se aburre una. Cómo está la pobre mujer... (*A Ernesto*) ¡Eh, tú! ¿Ya has recogido todas las piezas?

ERNESTO. - Casi todas.

GUITARRISTA. - Bueno, pues date prisa que yo no puedo estar aquí toda la mañana tocando.

ERNESTO. - De toda la mañana nada, que has tocao muy poquito.

GUITARRISTA. - ¡Oye, tú, un trato es un trato! ¿O se te ha olvidado?

ERNESTO. - Venga ya, si no has tocao nada.

GUITARRISTA. - Porque esa chiflada no me ha dejado, pero voluntad no me ha faltao. Mira, para que veas que no soy abusona, te voy a hacer una rebaja, dame siete euros y tan amigos.

ERNESTO. - ¡Yo no te pago nada!

GUITARRISTA. - ¿Qué quieres decir con eso? ¡Me has hecho perder toda la mañana y....! Venga, no seas roña y dame por lo menos un euro para el desgaste de dedos. Aunque en este caso se puede decir desgaste de lengua porque a tu vecina le he hecho casi de psicólogo y ti...

ERNESTO. - (*Se mete las manos en los bolsillos y los saca el forro para fuera*) Mira, no llevo encima ni cinco céntimos. Y tampoco están los tiempos para dar nada.

GUITARRISTA. - ¡Si yo me lo llego a suponer, a ti te toca tu tía! ¡Jeta, que eres una jeta!

ERNESTO. - ¿Yo...?

GUITARRISTA. - ¡Sí tú! Yo esto no lo hago por hobby, también como, ¿sabes? ¡Hoy por hobby ya no trabaja nadie! El más tacaño en la puerta del metro da por lo menos un eurillo, pero tú...

ERNESTO. - ¡Ya está bien, lárgate y déjame en paz!

GUITARRISTA. - ¡Aquí te quedas desgraciado! ¡¡Hacerme perder el tiempo el Miserias este!

(*ERNESTO se retira por el ascensor y la GUITARRISTA se marcha para la calle y se cruza con el DOCTOR*)

GUITARRISTA. - (*Mirando al doctor*) ¡Menuda pinta, esto parece una epidemia!

DOCTOR. - (*Mirando los buzones*) ¡Qué horror! ¡Cómo está la portería!

ELENA. - (*Bajando por la escalera*) Ya puede decirlo, doctor, cómo está todo...

DOCTOR. - Hola, buenos días.

ELENA. - Hola, doctor. Lo qué no entiendo es cómo puede estar tan sucia, con tanto papelote.

DOCTOR. - Está bien claro, la portera está indignada por lo del portero automático y ha decidido hacer huelga con la limpieza.

ELENA. - Pues lo tenemos claro. ¿Ya te has enterado que hay huelga de basureros?

DOCTOR. - ¡Lo que nos faltaba!

ELENA. - Si dejan las bolsas de basura en la puerta y los gatos las arañan, no se podrá ni respirar.

DOCTOR. - Madre mía, llevamos sólo un día y ya está todo que da pena, yo, desde luego, no puedo tolerar que mis clientas vengan y se encuentren con esta porquería. Se preguntarán que clase de médico soy. Me voy a ver obligado a anular todas las visitas hasta que esto se solucione.

ELENA. - Pues con el Medallitas (*Por el Coronel*) esto puede durar la tira. Me gustaría ver la cara que pone cuando vea todo esto como está.

DOCTOR. - Pues a mí, me gustaría verle, para decirle que con sus brillantes ideas somos los demás los que salimos perjudicados.

ELENA. - Ya lo creo, yo voy a tener que quedar en algún restaurante con un representante que tenía que venir, porque cualquiera le recibe con la portería en estas condiciones, toda llena de porquería...

¡Menuda imagen se llevaría!

DOCTOR. - ¡Menudo zoquete, no ha pensado en las consecuencias, se ha limitado a mandar!

ELENA. - Pues como hace siempre.

DOCTOR. - Yo soy de los más perjudicados, mi prestigio se verá por los suelos y viendo como están...

ELENA. - ¡Son el colmo! Lo hacen todo sin pensar en los problemas que pueden ocasionar.

DOCTOR. - Te aseguro, Elena, que, si no fuera porque los pisos antes estaban por las nubes, y ya casi cerca del sol. ¡No aguantaría más tanta tontería junta!

ELENA. - (*Mirando la puerta del ascensor*) Cuidado, que salen la Coronela y la Lechuza.

(*Salen del ascensor CONCHA con una bolsa de deporte y PILAR con el carro de la compra*)

CONCHA. - ¡Ah, el Coronel me ha dicho...!

DOCTOR. - (*La corta de golpe*) ¡Siempre igual, el Coronel ha dicho, el Coronel ha dicho...! Y los demás, ¿qué? ¡Estoy más que harto de lo que dice el Coronel!

CONCHA. - (*Subiendo el tono*) ¡Oiga, el Coronel es la única persona que mira por esta escalera!

PILAR. - Concha, él sólo no, Ernesto también...

CONCHA. - (*Despectiva*) Bueno, quitando a ese... ¡No saben agradecer nada!

ELENA. - Diga, ¿qué tenemos que agradecerle? ¿Esto? (*Señalando la suciedad del suelo*) Él toma las decisiones y nosotros pagamos. ¡Vaya gracia!

PILAR. - ¡Las decisiones se han tomado entre todos!

DOCTOR. - ¡Pues, que yo sepa no tomé la decisión de que la portería estuviera como una pocilga!

PILAR. - (*Dando una patada a un papel*) ¡De esto, la culpa la tiene la portera que no da golpe!

DOCTOR. - ¡La portera, no, ustedes! Antes de tomar una decisión así hay que tener muchas cosas en cuenta y después...

ELENA. - Yo estaría peor que ella si me intentaran echar de mi puesto de trabajo y de la forma que ustedes lo han hecho.

CONCHA. - Pero, ¡qué está diciendo!

ELENA. - La verdad, sólo lo que es. Después de tantos años dejarla sin trabajo con esa edad, tal como está el país...

DOCTOR. - Elena, no vale la pena discutir con ellos, ya se darán cuenta cuando la porquería llegue hasta el tejado. Entonces verán las decisiones tan acertadas que toma el Coronel... ¡Me marcho, buenos días! Tengo mucho trabajo para anular todas las visitas. Adiós, Elena.

ELENA. - Yo también me macho, se pierde mucha energía discutiendo con gente así. Adiós.

(*ELENA se retira por la salida de la calle y el DOCTOR sube por la escalera, CONCHA y PILAR se quedan en la portería muy mosqueadas*)

CONCHA. - ¡No me dejen con la palabra en la boca, mal educados!

PILAR. - Tranquilízate, mujer.

CONCHA. - ¡No quiero! ¡Abrase visto que par de groseros...! Son, tal para cual.

PILAR. - Desde luego, están hechos el uno para el otro. Aunque él con esas pintas...

CONCHA. - Qué rarito es el pobre... ¿Te has fijado como la miraba?

PILAR. - No, con la discusión no me he dado cuenta.

CONCHA. - Pues ya es raro, porque a ti no se te escape una.

PILAR. - Mujer, lo dices de una manera... (*Riendo y con doble intención*) A lo mejor quería copiarle el modelito, como él es tan fino...

CONCHA. - A lo mejor... Todo esto, cuando venga el Coronel se lo pienso contar. Que sepa la clase de personas que hay en esta escalera. Una va con toda educación y se lleva cada chasco que...

PILAR. - No te pongas nerviosa mujer... Olvídate de ese par de bordes, que a este paso no hacemos nada y mira la hora que es. (*Mirando el reloj*)

CONCHA. - (*Alterada*) Sí, lo mejor que puedo hacer es tranquilizarme, y no darle el gusto a ese par de cara duras. ¡Menudos jetas!

PILAR. - Claro, mujer, que no ofende quien quiere sino quien puede.

CONCHA. - ¿Vas al mercado?

PILAR. - Sí, y después pasaré por el supermercado.

CONCHA. - Pues vas a venir como un burro de carga con tanta bolsa.

PILAR. - ¿Por qué crees que llevo el carro? Para no cargar con las bolsas esas que venden ahora en el super. Que necesitas estar fuerte como un estibador del muelle para poder tirar con ellas.

CONCHA. - Sí, Pilar, sí. Y una ya no es una niña (*Enseñándole la bolsa de deporte*) Mira, haz como yo, ahora mismo voy al gimnasio ese que han puesto en la esquina.

PILAR. - ¿Al gimnasio?

CONCHA. - Sí. Me he apuntado porque quiero tener las carnes bien apretadas y perder algún que otro kilo...

PILAR. - Anda, tonta, si estás bien así...

CONCHA. - No, no, nada de eso, que ya estamos en verano y menudo chivato esta hecho el bañador...

PILAR. - Ya te entiendo. Y claro, luego en la playa se ven esos figurines, ves a todos los tíos detrás de ellas con la baba colgando.

CONCHA. - El Coronel para eso es muy serio. Bueno, para eso y para todo.

PILAR. - Sí, es verdad, todo se lo toma con tanta seriedad... Bueno, voy a ver si compro un poco de pescado. Ernesto, no ha querido acompañarme, se ha quedado en casa.

CONCHA. - ¿Por qué?

PILAR. - Dice que no se encuentra bien, y no me extraña se pasa el día comiendo porquerías...

CONCHA. - Comerá lo que tú le das.

PILAR. - Lo que le doy y lo que pilla, porque es como un crío. Me tiene más harta...

CONCHA. - Ya... Será que algo no le ha sentado bien.

PILAR. - No sé, anoche cenó choricitos fritos. ¡Le encanta! Y sería la primera vez que le sienta mal.

CONCHA. - Pilar, Ernesto ya no es un crío y los años no pasan en balde...

PILAR. - No te entiendo, ¿qué quieres decir?

CONCHA. - Que el chorizo por la noche es muy fuerte.

PILAR. - Sí, ya lo sé, pero cualquiera se lo quitaba, se lió a comer y a comer hasta que se hartó. Voy a ver si encuentro sardinas que le gustan a rabiar y se las haré en escabeche.

CONCHA. - (*Al público*) ¡Madre mía, qué dolor de barriga!

PILAR. - ¿Qué dices?

CONCHA. - Nada, nada. ¿Crees que la mariposita ese será buen médico?

PILAR. - No tengo ni idea.

CONCHA. - Pensaba ir a él

PILAR. - ¡Qué dices! ¡A ese?

CONCHA. - Sí, como es especialista en adelgazamientos... Pero no me fío. Seguro que me hincha a pastillas. ¡Y si me hacen daño...? No quiero ni pensar lo que le puede formar el Coronel.

PILAR. - Yo tampoco me fio ni un pelo de ése... No sé cómo llamarlo. (*Cambio*) Bueno, me marcho porque a este paso no encuentro ni las raspas de las sardinas.

CONCHA. - (*Riendo*) Yo también me voy a quemar alguna que otra caloría, aunque sólo sea mirando los musculitos del monitor, que está...

PILAR. - (Riendo) ¡Concha! Vaya... vaya. Como se entere el Coronel...

CONCHA. - Pilar, que una no es de piedra.

(Las dos hacen la intención de marcharse una por cada lado y se cruzan con EULALIA que viene muy alterada)

EULALIA. - ¡Sepan que vengo de Sanidad!

CONCHA. - ¿Y qué le han dicho?

EULALIA. - ¡Ya se enterarán!

CONCHA. - ¿Ah, si...?

EULALIA. - ¡Sí, incluso me lo ha recomendado una de esas sinvergüenzas que estaba con Ernesto!

PILAR. - ¿Ernesto, con una mujer? ¡Lo dudo!

EULALILA. - Pues no lo dudes tanto, porque se puede equivocar... Menuda juerga tenían montada...

PILAR. - ¿Y dice qué le tocaba?

EULALIA. - ¡Sí, le tocaba, le tocaba, y sin ningún miramiento! Él estaba tan campante en el suelo tirao y ella ¡hala, toca que te toca!

PILAR. - (Nerviosa) ¿Tocar? ¿El qué...?

EULALIA. - ¡La guitarra!

PILAR. - (A Concha) ¿Dice la guitarra?

CONCHA. - Sí, Pilar, sí.

PILAR. - ¿Ha dicho la guitarra?

EULALIA. - (Haciendo el gesto de rascar la guitarra con doble intención) ¡Sí, la guitarra... la guitarra...!

PILAR. - ¿Qué guitarra?

EULALIA. - (Haciendo un gesto de confusión) ¡Qué guitarra va ser, pues esa, la suya!

PILAR. - ¡Concha! ¿Tú estás oyendo lo mismo que yo?

CONCHA. - (Con doble intención) Claro que lo estoy oyendo y...vaya... vaya... con Ernesto...

EULALIA. - (A Concha) ¡Y usted, ya le puede decir a su querido Coronel que he ido a Sanidad y piensan pasarse por aquí!

CONCHA. - ¿Por aquí?

EULALIA. - ¡Sí, por aquí, por aquí! ¡Para ver con sus propios ojos en las condiciones en las que estoy viviendo! ¡Ya lo saben! (*Se retira por el ascensor*)

CONCHA. - Esta, al final ha ido a Sanidad y si vienen y ven esta porquería nos trataran a todos de puercos para arriba. Eso si no nos ponen una multa por falta de higiene.

PILAR. - Podemos bajar a limpiarla nosotras.

CONCHA. - ¡Eso ni pensarlo! ¡Si se entera el Coronel que he bajado a limpiar esta porquería puede formarme casi un consejo de guerra!

PILAR. - Caramba con el Coronel... Pues Ernesto nunca dice nada.

CONCHA. - ¿No...?

PILAR. - ¡No, y ni se le ocurra!

CONCHA. - Sí, claro, porque para lo que tiene que decir...

PILAR. - ¡Yo sí que le voy a hablar seriamente con él sobre la guitarra! Sólo por lo que ha hecho le voy a traer verduras que no le gustan nada.

CONCHA. - Pues la verdura es muy sana ¿Qué verdura le traerás?

PILAR. - ¡Coles de Bruselas, que le sientan fatal! Para que aprenda que conmigo no se juega y menos con la guitarra.

CONCHA. - Es una buena lección. Al Coronel tampoco le sientan bien las coles esas.

PILAR. - (*Nerviosa, moviendo el carrito de un sitio a otro*) Le he aguantado muchas tonterías, los puzzles, el fútbol, los recortes, etc, etc.

CONCHA. - Ernesto, ¿colecciona recortes?

PILAR. - ¡Ernesto, lo colecciona todo! Me encuentro recortes hasta en el lavabo. Cuando cojo el periódico las únicas páginas que están enteras son las de las ofertas de trabajo Son las únicas que no le interesan.

CONCHA. - (*Con un fondo de risita*) Pues, al Coronel lo único que le interesa colecionar son medallas. Entonces, Ernesto es un Nini, pero casi de la tercera edad.

PILAR. - ¿Un qué?

CONCHA. - Mujer, teniendo a tu hermano ya tendrías que saberlo. Los ninis, son los que ni estudian ni trabajan.

PILAR. - Sí, uno de esos sí es, pero en carcamal. Concha, esto de Ernesto ha llegado demasiado lejos.

CONCHA. - La verdad, un poco sí.

PILAR. - Hablamos hace años de que la guitarra era una propiedad privada. ¡Y exclusivamente mía!

CONCHA. - (*Mal interpretando la situación*) ¿Tuya? Pilar...Pilar...

PILAR. - Sí. ¡Y a la primera pájara que se encuentra se la deja tocar! ¡No hay derecho!

CONCHA. - ¿Cómo?

PILAR. - ¡Sabe que ese instrumento en nuestra familia era algo sagrado!

CONCHA. - (*Un poco mosca*) ¿Sagrado...? ¿De familia, de qué familia?

PILAR. - De la nuestra, naturalmente. ¡Y ahora es únicamente mía!

CONCHA. - (*Sin entender nada*) ¿Tuya?

PILAR. - Sí, mía. Él, nunca tuvo sensibilidad para la música, bueno, para nada. Esa guitarra la heredé de mi padre que la tocaba con tanto amor... Para que la agarre con sus manazas y la destroce.

CONCHA. - O sea, que tu padre tocaba la guitarra.

PILAR. - Sí, mi padre y mi abuelo. La tocaban divinamente.

CONCHA. - Ya... Y Ernesto no quieres que la toque, ¿no?

PILAR. - ¡Claro que no, con lo torpe que es seguro que la rompe!

CONCHA. - (*Hablando con ella misma*) Concha, vaya confusión más tonta. Dicha guitarra...

PILAR. - ¿Cómo dices?

CONCHA. - No, nada, nada.

PILAR. - ¿Sabes qué te digo?

CONCHA. - ¿Qué me dices, de qué?

PILAR. - ¡Sobre que va ser, sobre la guitarra!

CONCHA. - Pero bueno, ¿todavía le estas dando vueltas a esa guitarra?

PILAR. - Sí, es que me ha puesto muy nerviosa.

CONCHA. - (*Mirando el reloj*) Bueno, yo te tengo que dejar que mira la hora que es.

PILAR. - ¡Uf, que tarde!

CONCHA. - Yo tengo que venir pronto, porque ha llamado el instalador del portero.

PILAR. - ¿Lo pondrán pronto?

CONCHA. - Han dicho que venían a media mañana. Y con la hora que es, estarán a punto de llegar y tendré que firmarle el recibo yo.

PILAR. - Si vas al gimnasio no te encontrará.

CONCHA. - Tú, también te vas y la portera no querrá firmar, seguro.

PILAR. - Pues que firme Ernesto.

CONCHA. - No, no, Ernesto no. (*Con doble intención*) Si no se encuentra bien y está tumbadito... no quiero que se levante, el pobrecito.

PILAR. - De todos modos, se va a tener que levantar. Porque yo me marcho y volveré tarde. ¡Qué se arregle como pueda!

CONCHA. - Lo mejor es que me quede. Ya iré esta tarde al gimnasio.

PILAR. - ¿Cómo se pondrá la portera cuando lo vea?

CONCHA. - ¡Qué se ponga como quiera, todo está decidido!

PILAR. - ¿Y si no quiere irse?

CONCHA. - El Coronel hablará con ella.

PILAR. - Sí, es lo mejor, el Coronel lo arreglará todo.

CONCHA. - Eso no lo dudes.

PILAR. - (*Mirando el reloj*) Eso no lo dudaba y bueno, me marcho que es tardísimo. Hasta luego. (*Se retira por la salida de la calle*)

CONCHA. - (*Retirándose por el ascensor*) Adiós, mujer, y tranquilízate con lo de la guitarra.

CARTERO. - ¡Portera, portera, el cartero! Parece que no está, pues yo tengo prisa (*Tira las cartas al suelo*) ¡Ya las recogerán!

(*La portería se queda sola y llega CHURRI y CHACHI*)

CHURRI. - (*Por la portera*) Oye, si tenemos la fortaleza está solita.

CHACHI. - Ya es raro que la cotilla de la portera haya dejao el fuerte sin protección. Mira a ver que no esté metida en su barraca espiando...

CHURRI. - (*Mirando*) Aquí no hay ni rastro de doña Urraca. Mira la parienta como se escaquea de sus obligaciones. Tiene la portería con más mierda que el palo de un gallinero.

CHACHI. - Podríamos idear alguna cosa guapa, pa darles algo de vida a los muermos que habitan en este fortín.

CHURRI. - Chiss... calla... No nombres lo de fortín que como lo oiga el chapita, es capaz de salir con la bayoneta y como a ese zumbao se le va la pinza, igual nos picha.

CHACHI. - ¡¿Pincharme a mí?! ¿Con qué? ¡Le meto un soplamocos que lo mando rápido a su época! Al gallito de este corral lo tendríamos que poner firme.

CHURRI. - Más de lo que ya va... Si va más tieso que una tabla. Hay que tener moral para acostarse con eso.

CHACHI. - (*Riendo*) Oye, que a lo mejor el pajarraco ese tiene su morbo. Mira, igual hasta se viste de cuero, con látigo y todo y cuando está en medio de la faena, a la perlita la manda poner ¡firme!

CHURRI. - (*Riendo a carcajadas*) Venga, Churri, hagamos algo sonao pa que no se aburran como moluscos.

CHACHI. - ¡Vale, tía! Vamos a poner un poco de arte en esta barraca que esto está más muerto que Chaquete.

(*Sacan unos botes de espray y empiezan a pintar alguna de las paredes. Después de varias pintadas se retiran por la salida de la calle*)

(*Por la puerta de la calle llega el Instalador del portero automático con una caja de herramientas*)

INSTALADOR. - (*Intenta ver el número de la escalera*) ¡Mi madre, que de mierda hay en esta portería! Aquí, en lugar de un portero automático lo que de verdad necesitan es una buena señora de la limpieza. (*Da una patada a un papel*) No se les caerá la cara vergüenza tener la escalera con tanta guarería.

(*Llega la portera de la calle, lleva un cesto con la compra*)

PORTERA. - (*Seca*) ¿Qué pasa, buscas algo?

INSTALADOR. - Sí, ¿Es el número veinte?

PORTERA. - Sí, ¿no lo ves...?

INSTALADOR. - Pues no, no lo veía.

PORTERA. - No lo veía, no lo veía... ¿Pasa algo?

INSTALADOR. - Sí. Vengo a colocar el portero automático que han pedido.

PORTERA. - ¿Cómo has dicho, un portero automático? Vaya... vaya... O sea, que eres tú...

INSTALADOR. - Sí, sí, señora. ¿Me estaba esperando?

PORTERA. - ¡Vaya, que si te estaba esperando!

INSTALADOR. - Si no he llegado antes ha sido por culpa del tráfico. Seguro que tenía ganas de verme, ¿a qué sí?

PORTERA. - ¡Ya lo creo! Tenía yo ganas de decirte dos palabritas....

INSTALADOR. - ¿Por qué, le han comunicado algo?

PORTERA. - ¡Sí...! ¡Que te puedes tener un accidente y mortal!

INSTALADOR. - Señora, no me asuste. Que eso es algo muy serio. ¿Por qué, hay alguna avería?

PORTERA. - ¡Sí, la habrá en tu cabeza si sigues aquí!

INSTALADOR. - (*No entiendo nada*) ¡Ah, ya! Es un nuevo concurso de la tele, ¿verdad?

PORTERA. - ¡Nada de concursos! ¿No te da vergüenza venir así?

INSTALADOR. - (*Hace un gesto instintivo y se mira la cremallera del pantalón*) ¿A mí, de qué tiene que darme vergüenza?

PORTERA. - Venir así, ¡hala, tan contento!

INSTALADOR. - Bueno, muy contento, muy contento, lo que se dice muy contento no es que venga uno. Porque la verdad, entre usted y yo, estaría mucho más contento de vacaciones, pero como no tengo otro remedio...

PORTERA. - Yo te mandaba al Congo ahora mismo.

INSTALADOR. - Bueno, tan lejos tampoco quiero ir. Vamos a ver ¿dónde quieren que les coloque el portero, al lado derecho o al izquierdo?

PORTERA. - ¡Porque no se lo colocas en el cabecero del dormitorio del Coronel!

INSTALADOR. - ¡Ya volvemos con el jueguecito de palabras! Sepa, señora, que estos aparatos le pueden quitar mucho trabajo...

PORTERA. - (*Cortándole*) ¡Encima con recochino! ¡Ahí quería yo oírte llegar! Encima con recochino ¡Sin vergüenza, venir a quitarme el puesto de trabajo!

INSTALADOR. - (*Perdiendo la paciencia*) ¡Señora, me está usted sacando de mis casillas! Y mire que en la empresa nos lavan el cerebro todos los días con la frasesita: El cliente siempre tiene la razón y una sonrisa en su momento gana clientes, (*Sonríe forzado*) pues nada, a sonreír, pero con usted está resultando muy difícil...

PORTERA. - ¡Por mí no te esfuerces, porque esa sonrisa te sale fatal!

INSTALADOR. - Dejemos lo de la sonrisa, ya veo que no le va. Señora, yo no he venido a quitarle a usted nada, yo solo cumple órdenes. ¿Se puede saber qué diablos le pasa o es que se ha propuesto boicotearme la mañana?

PORTERA. - (*Amenazándole*) ¡Mala sombra, te atreves con una pobre viuda!

INSTALADOR. - ¡Pobre viuda, pobre del que te tuvo que aguantar esos años! ¡Lo mejor que pudo hacer fue marcharse al otro barrio! ¡Ya supo lo que hacía! ¡Me da igual lo que diga el jefe que venga él, a ver si puede sonreír con esto al lado!

PORTERA. - ¡No te consiento que te metas con mi marido, asno!

INSTALADOR. - (*Tratando de quitarle las herramientas*) ¡Asno! ¡Señora déjeme trabajar por que usted y yo vamos a acabar mal!

PORTERA. - (*Agarrándole*) ¡Tú, no pones aquí un aparato de estos que me va quitar el puesto de

trabajo!

INSTALADOR. - ¡Ya está bien! ¿Yo le he hecho algo a usted?

PORTERA. - ¡Mucho, venir tú y ese trasto!

INSTALADOR. - (*Quitándosela de encima*) ¡A mí, no me coma el coco, si tiene problemas se los cuenta a un psiquiatra, que para eso están!

PORTERA. - (*Intenta golpear el portero*) ¡Este trasto no se coloca y no se coloca! ¡Aparta, esquirol!

INSTALADOR. - ¡Yo esquirol y usted una cochina! ¡Que mire como tiene la portería! ¡Normal que la quieran echar, con tanta mierda como hay en esta portería, no me extraña!

PORTERA. - ¡Me estás llamando marrana! ¡A ti, quién te ha dicho que me quieren echar! ¡Métete en tus asuntos, grosero!

INSTALADOR. - ¡Déjeme trabajar en paz! (*Coge el móvil*) Ahora mismo llamo a la empresa que me pongan un segurata o no instalo este aparato.

PORTERA. - ¡Por mí puedes llamar a quién te dé la gana!

(*La portera se retira a su vivienda relatando y el instalador se queda de muy mal humor*)

INSTALADOR. - (*Colocando el portero en la pared*) Menuda mañanita, qué mujer... Está como cabra. Y ahora esto no encaja bien (*Da unos golpecitos*)

PORTERA. - (*Desde su puerta lo llama*) Eh, tú...

INSTALADOR. - ¡Pero bueno, otra vez aquí!

PORTERA. - No quiero volver a discutir.

INSTALADOR. - Lo dudo, ¿qué quiere ahora?

PORTERA. - Quería preguntarte si sabes arreglar ventiladores, porque tengo el mío que hace un ruido muy raro y no funciona muy bien.

INSTALADOR. - Como la dueña. Yo no sé na y no me entreteenga más.

PORTERA. - Si ni lo has mirado.

INSTALADOR. - ¡Ni pienso hacerlo!

PORTERA. - Tampoco hay para tanto. Mira, a mí ya casi se me ha pasao.

INSTALADOR. - ¡Señora, se quiere quedar conmigo! ¡Después de la que me ha montao y ahora quiere que le mire el ventilador! ¡Por mí, como si se cuece!

PORTERA. - A los tipos como tú lo que os pasa es que aparte de la rutina no sabéis hacer nada.

INSTALADOR. - Por eso, déjeme acabar lo que sí sé hacer que me tengo que ir a comer.

PORTERA. - ¡Los tipos como tú sólo pensáis en comer!

INSTALADOR. - ¡Está de guasa! Lo que estoy es deseando de salir de este edificio. En los años que llevo tratando con porteros esta es la primera vez que me reciben así.

PORTERA. - ¡Alguna vez tenías que encontrar la horma de tu zapato!

INSTALADOR. - Bueno, esto ya está terminado. Los telefonillos de las viviendas vendrán a instalarlo un par de compañeros mañana, porque yo no me fio de esta escalera ni un pelo... A uno no le pagan bastante para aguantar esto. ¿Me firma?

PORTERA. - ¿Yo...? ¡Que te lo firme el mandón de arriba! ¡No lo encargó él, pues que firme él!

INSTALADOR. - (*Mirándola de arriba abajo*) Lo que te digo... Señora, no es usted nada sociable. (*Sube por el ascensor con el recibo en la mano*)

PORTERA. - (*Espera que baje trasteando el portero*) Tiene guasa la cosa, este trasto echarme a mí de la portería, después de veintisiete años aquí ¡aguantando carros y carretas...! Ya se van a enterar. Este trasto les durará dos días porque con las manazas que tienen algunos...

INSTALADOR. - (*Saliendo del ascensor*) ¡Ya me han firmado! Recojo rápidamente las herramientas y me largo de aquí. Cuando lo cuente a los compañeros seguro que no me creen.

PORTERA. - ¡Si este trasto no funciona, no se te ocurra volver porque no respondo de mis actos!

INSTALADOR. - ¡No se preocupe señora, que por aquí no vuelvo, aunque al aparato le dé por explotar!

PORTERA. - (*Mirando el portero con recelo*) ¡Cómo a mí me pase algo con este trasto te la cargas! ¡Que me ha quedao bien grabada tu cara!

INSTALADOR. - (*Retirándose por la salida de la calle*) ¡Tómate algo y refréscate!

PORTERA. - (*Entrando en su vivienda*) Por más que he intentado que no lo colocase, no se ha habido manera de ablandarle. Los tienen bien adiestraos en esa empresa...

(*La portería está sola y llega el CORONEL de la calle*)

CORONEL. - ¡Esto es inaudito, está todo hecho un asco, lleno de papelotes y pintadas! (*Cogiendo las cartas del suelo*) ¡Hasta las cartas están por el suelo! ¡Esto no puede seguir así! (*Por la carta*) Pero... si esta es mía. (*Tocando el portero con sumo cuidado*) Menos mal, ya lo han colocado... Desde luego, ¡pienso tomar medidas! (*Con paso firme se retira por el ascensor*)

(*Baja por la escalera el DOCTOR, al mismo tiempo OLGA llega de la calle*)

DOCTOR. - (*Muy efusivo*) Hola... Olga...

OLGA. - (*Seca*) Hola.

DOCTOR. - ¿Cómo te fue el fin de semana?

OLGA. - Supongo que bien, ya ni me acuerdo...

DOCTOR. - Si sólo estamos a lunes, cómo no te vas a acordar.

OLGA. - Ya lo sé, y eso es lo malo, que tengo que esperar hasta el viernes para poder marcharme otra vez.

DOCTOR. - (*Haciendo un gesto afeminado*) Tienes razón los fines de semana son... ¡maravillosos!

OLGA. - Si tú lo dices...

DOCTOR. - ¿Me imagino que no vas sola?

OLGA. - Pues claro que no. Siempre vamos tres o cuatro.

DOCTOR. - Y lo pasáis bien, ¿verdad?

OLGA. - (*Sonriendo*) Sí, claro, no lo pasamos nada mal...

DOCTOR. - A ver si me invitas algún fin de semana...

OLGA. - No creo que te gustase.

DOCTOR. - ¿Por qué?

OLGA. - (*Con doble intención*) Porque todas somos chicas y como tú...

DOCTOR. - ¡Mucho mejor, así no habrá competencia!

OLGA. - (*Sigue con la doble intención*) Ya, seguro que no. Bueno, te tengo que dejar. Ahora que recuerdo tenía que comprarme un bolso.

DOCTOR. - ¡Ah! Pues te puedo acompañar.

OLGA. - (*Tratando de escaquearse*) De verdad, no te molestes.

DOCTOR. - Nada, te acompañó, que de eso entiendo un rato largo.

OLGA. - (*Aparte*) Ya se ve... De verdad, no quiero que te molestes por mí.

DOCTOR. - No me molesta nada, guapita.

OLGA. - ¿No tienes pacientes?

DOCTOR. - No, he cancelado todas las visitas. Como ves, puedo estar toda la tarde de compras.

OLGA. - (*Tratando de disuadirle*) Si nada más voy a comprar un bolso muy sencillito...

DOCTOR. - No se puede mirar un bolso a la ligera que luego lo cargamos un poquito y ¡ras!, se rompe por todas partes.

OLGA. - (*Aparte*) Qué plasta es el pobre... Si es para meter cuatro tonterías, de verdad.

DOCTOR. - (*Empujándola*) Huy...Huy...Una mujer llevar cuatro cosas...Venga, vamos en busca de ese bolso y no hablemos más.

(*Se retiran por el lateral derecho. OLGA va de muy mala gana. Por el lado izquierdo llega SANDRA*).

SANDRA. - ¡Portera! ¡Portera!

PORTERA. - (*Sale de su vivienda*) ¿Qué pasa ahora?

SANDRA. - ¿Sabe si ha vuelto mi marido?

PORTERA. - ¡¿Otra vez con lo mismo?! ¡Por que no subes y lo compruebas por ti misma ¡¿Qué te crees que no tengo otra cosa que hacer que vigilar a tu marido? ¡Tengo cosas más importantes que hacer y ahora déjame en paz! (*Se retira a su vivienda de muy mal humor*)

SANDRA. - ¡Ya veo las cosas que tiene que hacer, lo tiene todo que da asco! ¡No hay quien la aguante! (*Se retira por la escalera*)

(*Salen del ascensor ERNESTO y el CORONEL, este último lleva una carpeta debajo del brazo*)

ERNESTO. - Estoy preocupadísimo.

CORONEL. - ¿Por qué?

ERNESTO. - Por mi hermana.

CORONEL. - ¿Qué le pasa?

ERNESTO. - ¿A quién?

CORONEL. - ¡A su hermana!

ERNESTO. - Nada...

CORONEL. - Entonces, ¿a qué viene tanta preocupación?

ERNESTO. - Es que no ha vuelto desde esta mañana que salió a comprar.

CORONEL. - Se habrá entretenido. Ya volverá.

ERNESTO. - Sí, pero estoy muy mosqueado porque esto lo hace cada vez que está enfadada, vuelve tarde y me deja sin comer. ¡Ah! Y encima viene cargada de paquetes con cosas para ella.

CORONEL. - (*Mirando el reloj*) Pues a juzgar por la hora que es, estará que trina.

ERNESTO. - Seguro, pero yo no sé por qué. Yo no le he hecho nada. Y todavía no he comido.

CORONEL. - Algo le habrá hecho ¿Y por qué no se ha hecho un bocadillo?

ERNESTO. - Sí, hombre y pierdo tiempo para hacer el puzzle.

CORONEL. - Esto es increíble, prefiere quedarse sin comer por hacer esa tontería.

ERNESTO. - ¡Sí! Usted no sabe cómo se pone Pilar cuando me pilla haciéndolo.

CORONEL. - No lo sé, pero me lo imagino...

ERNESTO. - Pues mire...

CORONEL. - (*Lo corta*) No hemos bajado para que me cuente como se pone Pilar, estamos aquí para hablar con la portera. ¿Lo recuerda?

ERNESTO. - ¡Ah... sí!

CORONEL. - Menos mal. Déjeme hablar a mí, usted podría meter la pata.

ERNESTO. - (*Mirando al suelo*) ¿Adónde?

CORONEL. - ¡Con la portera!

ERNESTO. - (*Pensando*) ¡Ah, ya!

CORONEL. - ¿Ya se ha enterado?

ERNESTO. - Sí, sí.

CORONEL. - Veremos si es verdad.

(*El Coronel da unos golpecitos en la puerta de la vivienda de la Portera*)

PORTERA. - (*Abriendo*) ¡Qué honor...! Si ha bajado el Coronel en persona, acompañado de este infeliz... ¿Para qué lo ha traído, para que le haga de lazillo?

CORONEL. - ¡Oiga, ya está bien, menos pitorreo! (*Muy serio*) Venimos a ofrecerle algo que le puede interesar.

PORTERA. - (*Con pitorreo*) ¿Algún palacio lejos de aquí o un montón de millones?

CORONEL. - No diga tonterías, sabe que eso no puede ser, pero nuestra oferta le puede interesar.

PORTERA. - (*Frotándose las manos*) A ver, a ver, qué es esa oferta tan tentadora...

CORONEL. - Como puede comprobar, el portero automático ya se ha colocado y...

PORTERA. - (*Desafiante*) ¿Y qué?

ERNESTO. - (*Metiendo la pata*) ¡Qué ya no la necesitaremos!

PORTERA. - ¡Mira que gracioso! ¡Ya veremos quién necesita a quién!

CORONEL. - (*A Ernesto*) ¡Cállese! No hemos bajado para discutir, somos personas civilizadas para...

PORTERA. - ¿Usted cree?

CORONEL. - Sí, claro, sí.

PORTERA. - ¡Pues lo han disimulado bastante bien!

CORONEL. - No empecemos...no empecemos...

PORTERA. - ¡No, esto se acaba!

ERNESTO. - (*Dándole golpecitos al Coronel*) ¿Tenemos o no tenemos oferta?

CORONEL. - ¡Sí!

ERNESTO. - Pues cuéntesela, que está a punto de empezar el fútbol.

PORTERA. - ¡Ustedes qué se han creído! ¡Creen que mi puesto de trabajo se puede jugar a cara o cruz!

ERNESTO. - Yo no sé.

CORONEL. - (*A Ernesto*) ¡Le he dicho que se callara! (*A la Portera*) No se altere, queremos ofrecerle una cantidad.

PORTERA. - ¡No estoy en venta!

CORONEL. - Primero escuche la oferta y después decida.

PORTERA. - Ya he decidido ¡lárguense de aquí!

CORONEL. - ¡No quiere escuchar nuestra oferta?

PORTERA. - ¿Qué oferta?

CORONEL. - Le damos seis mil euros para que...

PORTERA. - ¡Dígalo, para que me largue! ¿No?

ERNESTO. - ¡Sí, sí, sí!

CORONEL. - (*A Ernesto*) ¡Cállese! Dicho así suena a...

PORTERA. - ¡Suena a lo que es! ¡Usted, qué se ha creído, dándome esa porquería!

CORONEL. - Por favor, no se ponga así, no grite. Yo creo que es una buena oferta.

PORTERA. - ¡Una buena oferta para usted, yo no necesito caridad, tengo mis derechos y pienso hacerlos valer!

CORONEL. - (*Nervioso a Ernesto*) ¡Y a usted! ¿Qué le pasa?

ERNESTO. - (*Moviéndose de un lado a otro*) Que estoy nervioso.

CORONEL. - ¡Por todo este jaleo?

ERNESTO. - ¡No! Es por el fútbol. Ya le he dicho que está a punto de empezar (*A la Portera*) Cójalas que son seis mil...

PORTERA. - (*Mirándolos de arriba abajo*) Son de risa. No sé cómo tienen el valor de hacerme semejante oferta. Parece mentira que se hagan llamar señores.

CORONEL. - ¡Oiga, nadie la está insultando!

PORTERA. - ¡Le parece poco insulto dar veintiocho años de mi vida por seis mil euros!

ERNESTO. - Es una buena oferta. A mí, me despidieron de mi empleo y no me dieron nada de nada.

CORONEL. - ¡Le advierto que si no quiere cogerlas...!

PORTERA. - (*Cortándole*) ¡Si no quiero cogerlas! ¿Qué? ¡Me va a echar? ¡Valiente vívales!

CORONEL. - (*Alterado*) ¡No me levante la voz!

PORTERA. - ¡La levanto todo lo que me da la gana! ¡Por si se le ha olvidado, yo sigo siendo “la Portera”! ¡Y ahora, fuera de aquí los dos!

CORONEL. - ¡Esto no quedará así!

PORTERA. - ¡No, se hinchará! ¡Y si siguen amenazándome salen rodando por las escaleras!

CORONEL. - ¡Atrévase!

PORTERA. - ¿Quiere comprobarlo?

ERNESTO. - (*Al Coronel*) Yo me voy, que el fútbol seguro que ya ha empezao. Usted si quiere quédese, pero yo no se lo recomiendo porque la Portera está como una fiera.

PORTERA. - (*Al Coronel*) Demuestra ser más inteligente que usted.

CORONEL. - ¡Ya está bien, no aguento más sus impertinencias!

PORTERA. - ¡Ni yo las tuyas!

CORONEL. - (*A Ernesto*) ¡Usted, ha tenido la culpa, se ha pasado la conversación metiendo la pata! ¡Y eso que le advertí que se callase!

PORTERA. - Entonces, ¿para qué le trae?

CORONEL. - ¡Eso digo yo! (*A la portera*) ¡Se arrepentirá, ya lo verá! ¡Mi rango no puede tolerarlo más!

PORTERA. - ¡Su rango, su rango y el mío tampoco!

ERNESTO. - Pero si usted es la portera...

PORTERA. - ¡Muy gracioso! ¡Y te parece poco, aguantar a tanto cretino suelto! (*Mirando a los dos*)

Qué poca vergüenza, tener el valor de bajar a ofrecerme esa porquería para que me marche. ¡Fuera de aquí!

ERNESTO. - (*En el primer escalón*) Yo ya me marchaba. Subo por las escaleras, así no pierdo tiempo esperando el ascensor. (*Subiendo y con recochíneo*) Coronel...no le ha salido bien la táctica con la Portera, ¿eh...?

CORONEL. - (*Muy digno*) He perdido la batalla, pero no la guerra. ¡La culpa ha sido suya!

ERNESTO. - ¡Qué manía con la guerra! ¡Subo corriendo que el fútbol me espera!

(*ERNESTO sube corriendo por las escaleras y el Coronel sube por el ascensor. La portería está sola y llega de la calle PILAR, cargada de bolsas de tiendas de moda y se dirige al ascensor*)

PILAR. - (*Golpeando el ascensor*) ¡Menudo trasto! Seguro que se lo han dejado abierto. ¡Cómo sean esas golfas, me van a oír! (*Llega el ascensor y se retira por él*)

(*Sale la PORTERA de su vivienda y, al mismo tiempo, llega HORTENSIA cargada de velas*)

HORTENSIA. - (*Mirando el portero*) ¡Virgen del Perpetuo Socorro, ya han colocado el aparato! Tendremos que pagar los trescientos euros ¡ya!

PORTERA. - ¿Trescientos euros tienen que pagar cada vecino?

HORTENSIA. - Sí.

PORTERA. - ¡Y esa cara quería darme seis mil para que me largase!

HORTENSIA. - (*No entendiendo nada*) No sé de qué me habla.

PORTERA. – Usted sólo sabe lo que le interesa. ¿Ahora viene de rezar?

HORTENSIA. - Sí

PORTERA. - ¡Madre mía, cuanto rezó! ¿Para qué son esas velas?

HORTENSIA. - Para ponérselas a la Virgen de los Desamparados.

PORTERA. - ¿Por qué?

HORTENSIA. - Quiero pedirla que...

PORTERA. - (*Cortándola*) Usted, de dar poco, pero pedir...se pasa el día pidiendo.

HORTENSIA. - Por los demás...

PORTERA. - ¿Y usted sabe si los demás quieren que pida por ellos?

HORTENSIA. - Eso a todos nos gusta ¿Ha vuelto esa santa?

PORTERA. - ¡Ya volvemos con la santa! ¡Yo, no estoy aquí ni por medallas, ni por santos, sólo estoy por mi escoba!

HORTENSIA. - Pero, ¿ha vuelto?

PORTERA. - ¡Sí! ¿Para qué quiere saberlo?

HORTENSIA. - Porque quiero hablar con ella.

PORTERA. - Ya, lo que usted quiere es calentarle la cabeza, ¿no?

HORTENSIA. - No, hija, sólo quiero orientarla.

PORTERA. - ¡Haga lo que le dé la gana y no me maree más!

HORTENSIA. - Ahora mismo voy a poner las velas a la Virgen y hablar con ella.

PORTERA. - Sí, vaya, vaya, y tenga cuidado de no incendiar la casa.

HORTENSIA. - Ve con Dios, Tomasa.

(*HORTENSIA se retira por el ascensor y la PORTERA se queda sola*)

PORTERA. - Pobres santos, se pasa el día pidiendo, estarán más hartos los pobres... Lo mejor es que baje un poco las luces, cene un poco y me retire a dormir, porque la hora que es...

Da a un interruptor y se baja la intensidad de la luz de la portería y luego se retira a su vivienda.

La portería está sola se escucha la música de fondo de la Pantera Rosa. Muy sigiloso baja por las escaleras el CORONEL, con una bolsa de basura. Viste la chaqueta del traje con las medallas y en la parte de abajo lleva puesto el pantalón del pijama. Al mismo tiempo, sale ERNESTO del ascensor con otra bolsa, también viste en pijama y en la cara lleva puesta una tiritita. Tropiezan y se miran las bolsas. ERNESTO deja ver una sonrisita. El CORONEL esconde la bolsa detrás de él tratando de disimular. ERNESTO tira la bolsa de basura en la boca de escena, al lado de una de las salidas a la calle y se retira tan campante por el ascensor. El CORONEL cuando se ha marchado mira a un lado y a otro y tira la suya y se retira por la escalera rápidamente para no ser visto.

Cesa la música y oscuro.

(Con la luz bajada entra de la calle RAMON completamente borracho, lleva en la mano un hueso de jamón)

RAMON. - (Cantando) ¡¡A mí me gusta el pipiribipipi de la bota empiná, con el...!!

PORTERA. - (Sale en camisón) ¡Qué escándalo es este! ¡Será posible, borracho más que borracho!

RAMON. - (Agarrándola) ¡Porterita, guapetona! Borracho yo, tuturú... (*Intenta besarla*) ¡Muaaa...!

PORTERA. - ¡Déjame en paz, borracho! (*Quitándoselo de encima*) ¡Apártate de mí porque no respondo! Ya tiene razón la beata cuando dice que tu mujer es una santa.

RAMON. - (Tambaleándose) Mira, yo no estoy borracho sólo estoy un poquito alegre.

PORTERA. - ¡Todavía tienes valor de decir que no estás borracho, si llevas una trompa como un piano!

Quédate aquí que voy a llamar a Sandra, porque si subes tú...con la taja que llevas te estrellas por las escaleras y seguro que encima me la cargo yo. (*Entra en su vivienda y sale con una silla*) ¡Venga, siéntate aquí!

RAMON. - ¡No quiero, no necesito ayuda, estoy superior! (*Da un tropezón*)

PORTERA. - ¡Anda, calamidad, dame ese hueso porque acabarás abriéndote la cabeza tú solito!

RAMON. - (*Tirando del hueso*) ¡El hueso no, que es para mi jamona!

PORTERA. - Cuando vea la tajá que llevas encima te va a dar a ti jamón... Anda, quédate aquí sentao, sin hacer ninguna trastada, que voy a buscarla. (*Se retira por el ascensor*)

(*RAMON está mal sentado con el hueso en la mano y llegan de la calle muy contentas CHURRI y CHACHI con un altavoz bluetooth*)

CHACHI. - ¡Churri, mira, parece un vegetal! ¡Menuda la has agarrao, tío!

CHURRI. - ¡Eh, tío, ánimate que vamos a mover el esqueleto! Vamos, ¡Chachi, agárrale del brazo que le vamos a dar un meneíto!

CHACHI. - ¡Vale tía, dale caña! ¡Tío, menudo pedo llevas encima !

RAMON. – Tranquilas, que yo puedo solito (*Hace el gesto de levantarse y casi se cae*)

CHURRI. - ¿Lo ves? Tío, no te esfuerces, que tú solito no puedes ni con las pestañas. Vamos, agárrate, que la noche es joven y lo vamos a pasar de muerte.

CHACHI. - ¡Eso, que solo son las tres de la mañana y la noche es joven!

CHURRI. - ¡Si sale la cochina de portera nos la forma...! ¡La tía se gasta una mala leche que...!

CHACHI. - ¡Olvídate de la vieja esa y mete música a toda castaña! ¡Ya verás, tío, vas a flipar en colores!

CHURRI. - (*Poniendo la música a todo volumen*) ¡Dale caña!

(*Las dos agarran a Ramón, una por cada brazo y se ponen a bailar con él, caen los tres redondos al suelo*)

CHACHI. - (*Tirando de él*) ¡Tío, joder, venga ya de bromas, levanta de una vez!

(*Al quererlo levantar, da un golpe a Churri con el hueso de jamón*)

CHURRI. - ¡¡Ayyy!! ¡Imbécil, que me partes la cabeza! ¡Será burro!

RAMON. - ¿Eh...?

CHACHI. - ¿Qué haces con este hueso tan pelao? ¡Dámelo!

RAMON. - ¡No! Es un recuerdo para Sandra.

CHURRI. - (*Tocándose la cabeza*) ¡Menudo recuerdo! ¿De dónde lo has desenterrao?

RAMON. - (*Balbuceando*) Lo he comprao en... espera que ahora te lo digo, lo he traído de...

CHACHI. - ¿Recuerdo? ¿De dónde, de tu viaje a la taberna? Tío, que la cogorza no te deja ver, que el recuerdo que le has traído a tu Sandra, está más pelao que la cabeza del calvo de la lotería de navidad.

CHURRI. - ¡Este animal con el recuerdito de las narices casi me abre la cabeza! Chachi, ¿me ha hecho algo este burro?

CHACHI. - (*A Ramón*) ¡Tú, levanta, que le miro la herida! ¡Tira de este Neandertal!

(*Están las dos agachadas intentando levantarla y se abre la puerta del ascensor y de ella salen: la PORTERA, SANDRA y HORTENSIA, al mismo tiempo bajan por la escalera el CORONEL, CONCHA con rulos en la cabeza, PILAR Y ERNESTO, todos con un aspecto bastante ridículo, con ropas de cama y con los pelos de punta. ERNESTO se queda en el borde de la escalera*)

CHURRI. - ¡Venga, haz un esfuerzo, tío!

HORTENSIA. - ¡San Ramón Nonato! ¡Esto es Sodoma y Gomorra!

RAMON. - Así me llamo, pero de Nonato nada.

HORTENSIA. - ¡Virgen de las Angustias!

CHACHI. - ¡Cállate cotorra y colabora en la movida! ¡Vamos, tira de él!

HORTENSIA. - ¡Apártate de mí, pecadora! ¡Santa Bárbara, esto está que truena!

CONCHA. - ¡Deje en paz a los santos, que esto no va con ellos!

SANDRA. - ¡Ramón, quiero saber que ha pasado!

PORTERA. - Si no lo ves, es que eres corta de vista...

CHURRI. - ¡Qué tiene una trompa como un piano de cola!

CORONEL. - ¡Quiero saber qué es todo este escándalo!

CONCHA. - ¡Esta es una casa decente, no podemos consentir este desmadre!

PILAR. - ¿Decente? Yo ya lo dudo.

PORTERA. - (*Mirando al Coronel*) ¡Y yo también, aquí hay muy poca vergüenza!

HORTENSIA. - Ya he dicho que esta escalera está endemoniada. Que todos los santos nos socorran.

CORONEL. - ¡No diga bobadas! ¡Y deje de llamar a nadie más, que aquí ya somos demasiados!

SANDRA. - (*A Ramón*) ¡Quiero saber ahora mismo dónde has estao metido! (*Zarandeándolo*) ¡Vamos, contesta! ¡¿De dónde vienes a estas horas?!

RAMON. - (*Enseñándole el hueso*) ¿No lo ves?

ERNESTO. - Seguro que comprando el jamón.

PILAR. - ¡Ernesto, cállate!

SANDRA. - ¡Todavía tienes el valor de pitorrearte de mí! ¡Jamón, aquí sólo está hueso!

RAMON. - Ya lo sé. Es que, entre unos y otros fueron cogiendo una tajadita y...

PORTERA. - ¡Tú, sí que llevas una buena tajá!

CONCHA. - ¡Vergüenza te tendría que dar despertar a los vecinos con tus borracheras!

CHACHI. - Nosotras nos largamos, que ya está aquí el ejército de salvación.

CORONEL. - ¡Tener mucho cuidado con lo que decís y con los escándalos que metéis, porque se me está agotando la paciencia!

CHARRI. - (*Riendo*) Chachi, aquí al Medallitas se le está agotando la paciencia.

CHACHI. - ¿Y qué piensas hacer, carroza...? ¿Fustigarnos o ponernos cara a la pared? Si se te agota, es problema tuyo y de la “perlitas” que tiene que aguantarte, ¿Vale?

CHURRI. - ¡Y tú también los metes y bien metidos, plasta, que eres un plasta! Menudas pintas gastáis los dos.

CONCHA. - ¡Ya empiezan como el otro día! Si creéis que vamos a aguantar lo que vuestras sucias mentes quieran hacer en esta escalera, estáis muy equivocadas.

CHURRI. - ¡¿Ya has terminao de dar el mitin?!

CHACHI. - ¡Eso, tía, que no es tiempo de elecciones!

PILAR. - Yo también quiero deciros algo ¡Qué no me entere yo que os acercáis a engatusar a Ernesto, porque...!

CHACHI. - (*Con pitorreo*) Churri, (*Señalando a Ernesto*) ¿Tú, te has acercado a esta inteligencia?

CHURRI. - (*Mirándole de arriba abajo*) ¡Yo, a esto? ¡Ni ganas!

CHACHI. - Quédate tranquila, que a la inteligencia de tu hermano, solo la puedes entender tú.

CHURRI. - ¡Todavía no hemos perdido el buen gusto!

PILAR. - ¡No se os ocurra pedirle que os toque la guitarra que ya sé bien lo que vosotras buscáis! ¡Sacarle los duros y dejarme a mí en la puta calle!

CHACHI. - ¿De qué guitarra está hablando esta tía loca?

CHURRI. - ¡Ni idea! Esta ha perdido la cabeza como el Ernesto ese.

PILAR. - ¡Bien lo sabéis vosotras! Que como el pobre es tan inocente y no tiene maldad entre las dos lo queréis enredar.

ERNESTO. - Pilar, que ellas no...

PILAR. - ¡Tú, calla! ¡Que me tienes hecha una esclava!

ERNESTO. - Pilar que yo...

PILAR. - Como al señor, en herencia le dejaron el piso y todo lo demás... Y yo tengo que pasarme la vida velando y tener los ojos bien abiertos, para que no se te acerque ninguna lagarta a sacarte los cuartos y después dejarte por ahí tirado.

CONCHA. - Entonces, el piso es de Ernesto y a ti te dejaron la guitarra ¿No, Pilar?

PILAR. - ¡Sí, a mí la guitarra y cuatro tonterías y a este zángano le dejaron todo lo demás! ¡Ya me dirás para que quiero yo la guitarra?

CONCHA. - Que herencia tan mal repartida.

CORONEL. - ¡No es momento de sacar sus trapos sucios!

CHURRI. - ¿Tú entiendes a esta tía?

CHACHI. - No, pero me está cogiendo un dolor de cabeza...

CHURRI. - Anda, vámonos que ya les vale...

CHACHI. - ¡Tropa, ahí os quedáis con la guitarra! (*Se retiran por el ascensor con la música a todo volumen*)

TODOS. - (*Tapándose los oídos*) ¡Qué horror!

CORONEL. - (*A Sandra*) Cuando su marido esté en condiciones normales, dígale que en esta escalera no se permiten ¡escándalos ni marranadas! ¿Lo ha entendido?

SANDRA. - Sí, pero Ramón solo está un poco indisposto.

CONCHA. - ¡Pues procura que no se indisponga más! ¡Qué hay que saber sujetarlo en casa y no tenerlo tan suelto si no sabe comportarse!

PORTERA. - ¡Indisposto, dice, y lleva una trompa encima como un piano de cola!

(*Llega OLGA de la calle*)

HORTENSIA. - Lo que me temía. Sandra, es el momento de solucionarlo.

SANDRA. - (*Alterada*) ¡Quiero que dejes a mi Ramón en paz!

OLGA. - ¡Y dejado está!

SANDRA. - (*Agresiva*) ¡No te pitorrees, que soy capaz de cualquier cosa!

HORTENSIA. - (*A Olga*) Hija mía, debes comprender que no es un hombre libre, ya encontrarás a otro para ti.

OLGA. - ¿De qué está hablando?

CONCHA. - (*Acercándose a Ramón*) ¿Qué significa todo esto?

RAMON. - (*Haciéndole burla*) ¡Qué tía más fea!

CORONEL. - ¡Oiga, haga el favor de no molestar a mi señora!

RAMON. - (*Riendo*) ¡Su señora? ¡Su señora, de señora no tiene nada!

CONCHA. - ¡No le hago caso porque está como una cuba, que si no...!

OLGA. - Yo me marcho, porque aquí no hay forma de aclarar nada.

SANDRA. - (*Agarrándola*) ¡Tú no te mueves de aquí, hasta que no me expliques de dónde venías detrás de mi Ramón!

OLGA. - ¡Pero, bueno! ¡Qué pasa en esta escalera últimamente que todo el día tenemos que estar dando explicaciones! ¡Ya me están hartando! ¡Esto parece la Inquisición!

HORTENSIA. - Hija, es mejor que lo cuentes todo. Yo ya la he preparado para que te perdone.

OLGA. - ¿Qué me perdone, el qué?

PORTERA. - (*Por Hortensia*) ¡Ya la lió!

CORONEL. - Ahora, por el bien de esta mujer y por el de esta escalera ¡cuéntenos toda la verdad!

OLGA. - ¡Esto es el colmo, interrogándome a las tres de la mañana, lo cuento y no se lo creen ¡Yo no tengo nada que contar y déjeme en paz de una vez!

SANDRA. - (*Zarandeando a Ramón*) ¡Ramón, quiero saber que hay entre esta y tú!

OLGA. - Pero... ¿De qué estás hablando?

CONCHA. - ¡Queremos una explicación!

OLGA. - Pues mía, no la tendrán, porque no tengo por qué dársela.

PORTERA. - (*Al público*) Aquí, hay beata de por medio...

HORTENSIA. - (*A Olga*) Hija, cuéntale a Sandra la verdad, que la verdad te hará libre. Cuéntale lo nuestro y seguro que ella que tiene un gran corazón te perdonara.

OLGA. - ¿Qué nuestro? ¡Entre este y yo no hay más que los buenos días!

HORTENSIA. - Hija, ya no es necesario mentir.

OLGA. - Me parece que aquí la única que está mintiendo es usted. Mire, ahora la que quiere una explicación soy yo.

SANDRA. - ¡¿Tú eres la que te vas con mi marido por ahí y yo te tengo que dar una explicación?! ¡Pero qué te has creído gofa, más que golfa!

OLGA. - ¡Golfa lo serás tú, amargada! ¡A dónde he ido yo con tu marido?

SANDRA. - ¡A la costa!

OLGA. - ¡Acabáramos, era eso! Para tu información y para usted (*A Hortensia*) que le ha calentado la cabeza... Os comunico que sí he estado en la costa ¡pero con unas amigas! ¡Os ha quedado claro? A-mi-gas.

SANDRA. - Y el ramo, ¿qué?

OLGA. - ¿Qué ramo?

SANDRA. - ¡No hace falta que disimules, el que te mando Ramón!

PILAR. - (*Muy sorprendida*) Pero, ¿también hay un ramo?

CORONEL. - ¡Queremos una explicación a todo este desmadre!

OLGA. - ¡Qué derecho tienen! ¡Quiénes se creen que son ustedes!

CORONEL. - (*Subiendo el tono*) ¡Somos la comunidad! ¡Gente sana, a la que le gustan las cosas transparentes, sin enredos, sin vicios y hay que cortar de raíz toda la podredumbre de la comunidad!

PORTERA. - ¡Lo de transparentes será un chiste!

CORONEL. - ¡Haga el favor de no complicar más las cosas!

PORTERA. - Ya puede proseguir con el interrogatorio.

RAMON. - Sandra, que yo no he mandao ningún ramo.

SANDRA. - Borracho como estás, lo vas a recordar...

OLGA. - Él no lo recordará, pero yo sí. Ese ramo me lo mando el Doctor.

CONCHA. - (*Haciendo gestos con las manos*) El Doctor, pero si es muy fino...

PILAR. - Suéltalo, Concha, no te prives ¡Un mariposita!

OLGA. - Eso pensaba yo, pero ha resultado ser un buen pulpo.

CONCHA. - ¿Pero ese no es gay...?

OLGA. - Al menos conmigo no.

HORTENSIA. - Yo, no entiendo nada, si la nota ponía Ramón.

OLGA. - ¡No señora, ponía Raúl que es el nombre del doctor! Y lo sé, porque me lo ha dicho él personalmente cenando (*Mirando a Hortensia*) ¡Satisfecha su curiosidad?

HORTENSIA. - Ya llevan tiempo saliendo, ¿no?

OLGA. - ¡No! Ha sido la primera vez, pero pienso repetir. Cómo ve, ya no tiene sentido que se pase el día espiando.

HORTENSIA. - (*Sofocada*) ¡Yo?

CONCHA. - Yo no entiendo nada, si ese pierde más aceite que mi freidora que ya está para el retiro.

OLGA. - Pues ya ve, conmigo no ha perdido ni un poquito, todo lo contrario.

PILAR. - ¿Y por qué lo finge?

OLGA. - Aunque les parezca mentira lo hace por sus clientas.

CONCHA. - ¿Por sus clientas?

OLGA. - Sí. Con esto de la crisis y con tantos centros de estética se tiene uno que poner las pilas. Un día se dio cuenta que sus clientas se sentían más cómodas siendo más sensible y que podría entender mejor sus problemas de peso y siguió tratándolas así.

CORONEL. - ¡Que poca vergüenza!

OLGA. - En realidad, él nunca ha dicho que fuera gay, somos los demás los que lo hemos dado por hecho.

CORONEL. - ¡Menuda manera de enredar a la gente, pasarse por lo que no es!

PORTERA. - (*Con intención*) ¡Si sólo fuera él!

ERNESTO. - Vaya un jeta.

OLGA. - Bueno, ya están al corriente de todas las vidas de esta escalera, ¿no? Ya tienen tema para un mes. Me marcho y les aconsejo que otro día, antes de acusar a alguien de algo, se lo piensen un poco, sobre todo usted (*A Hortensia*) Una mujer tan religiosa...parece mentira que mienta de esa manera, sabiendo que puede hacer mucho daño a los demás.

SANDRA. - (*Algo avergonzada*) Olga, perdona yo...

OLGA. - (*A Sandra*) Lo que tienes que hacer es no escuchar tanto chisme... (*Se retira por el ascensor*)

SANDRA. - (*A Hortensia*) ¡Espero que esté contenta, por poco rompe mi matrimonio!

HORTENSIA. - Hija, no te pongas de esta manera que mi intención solo era ayudar.

SANDRA. - ¡Menuda ayuda! (*Tirando de Ramón*) ¡Venga, para arriba!

PORTERA. - (*A Hortensia*) A ver si le sirve de escarmiento...

CONCHA. - Sí, pero la borrachera la ha cogido él solito...

HORTENSIA. - Sandra, perdona, ¿El hueso lo utilizaras para algo?

SANDRA. - Sí, podría utilizarlo para darle a usted con él, pero lo guardaré para el caldo.

(*SANDRA y RAMON en la puerta del ascensor*)

CORONEL. - Bueno, todos a dormir y espero que esto no se vuelva a repetir (*A Ramón*) ¿Me ha oído?

SANDRA. - (*Retirándose por el ascensor*) Sí, sí, Coronel, ya le hemos oído.

ERNESTO. - Pilar, me voy pa arriba que me caigo sueño.

PILAR. - ¡Haz lo que te dé la gana!

CONCHA. - (*A Ernesto*) Ernesto, ¿qué te ha pasado en la cara?

PILAR. - (*Se apresura a contestar*) ¡Nada! Se ha cortado afeitándose.

ERNESTO. - ¡Mentira! Una caricia de mi hermana y si se descuida me hace el código de barras.

CONCHA. - (*Con retintín*) Madre mía, cómo está el patio.

PORTERA. - Se retiran de una vez, ¿o qué? Porque son las tres de la madrugada y no creo que sean horas de estar de tertulia...

CORONEL. - (*Muy autoritario*) ¡Bueno, todos a descansar!

CONCHA. - Si nos dejan...

(*Todos se retiran unos por el ascensor y otros por la escalera, y la portera entra en su vivienda*)

Oscuro

Decisión final

Al volver la luz, ha pasado una semana de la primera reunión.

(*Por la escalera baja ELENA y de la calle llega el DOCTOR*)

ELENA. - (*Muy sonriente*) Buenos días, Raúl...

DOCTOR. - (*Habla de forma muy varonil*) Hola... Menos mal que te has acostumbrado a llamarme por mi nombre.

ELENA. - (*Coqueta*) Te lo prometí la otra noche, ¿lo recuerdas?

DOCTOR. - Vaya si lo recuerdo... Como para olvidarlo. ¿Cómo te lo pasaste?

ELENA. - Me divertí muchísimo, ¿no se notaba? ¿Y tú?

DOCTOR. - (*Resoplando*) Ufff... Podríamos quedar para el sábado.

ELENA. - El sábado... el sábado no puedo tengo un pase, pero podemos quedar para el viernes. Te invito a cenar en mi casa. Aquí donde me ves, soy una gran cocinera.

DOCTOR. - (*Tonteando*) ¿Muy... muy buena...?

ELENA. - Muy...

DOCTOR. - Pues tendremos que comprobarlo.

ELENA. - Nunca me hubiera imaginado que fueras tan divertido.

DOCTOR. - Ya, todos me ven muy fino. (*Moviendo la mano*)

ELENA. - Como tú haces que te vean.

DOCTOR. – Ya lo sé. Sé que no está bien, pero ya te expliqué que si hago esta comedia es por mi trabajo. Aunque suene machista, las mujeres confían más en mí y creen que entiendo mejor sus problemas de peso. Y tal como está hoy el negocio...

ELENA. - Ya. Pero eso es engañar.

DOCTOR. - Bueno, tampoco es eso, porque yo nunca he dicho que fuese gay, eso se lo han imaginado ellas.

ELENA. - (*Riendo*) Será por tu finura...

DOCTOR. - Espero que me guardes el secreto.

ELENA. - Cuenta con ello, soy una tumba. Además, ese truco en el mundo de la moda es muy corriente. (*Cambio*) Bueno, espero que bajen pronto los de la reunión.

DOCTOR. - El Coronel, seguro. Me supongo que después de semanita de desmadre que ha tenido esta escalera, el Coronel y sus lacayos tendrán una solución.

ELENA. - Eso espero, porque aparte del asunto de la Portera encima se presentó Sanidad y nos llamaron la atención por lo sucia que estaba la escalera, y nos advirtieron que, si dentro de cuarenta y ocho horas no tomamos medidas para mantenerla limpia, pondrían una denuncia a la comunidad.

DOCTOR. - Que se solucione rápido porque yo no puedo tener mi consulta cerrada ni un día más.

ELENA. - Cuidado, que bajan por la escalera.

(*Salen del ascensor el CORONEL, CONCHA y PILAR, y por la escalera baja ERNESTO y HORTENSIA*)

(*Todos se dan los buenos días*)

CORONEL. - (*Mirando el reloj*) Bueno, estamos aquí a la hora prevista.

CONCHA. - Como siempre, los mismos.

DOCTOR. - (*Vuelve con la actitud anterior*) Espero que tenga una buena razón para reunirnos otra vez.

PILAR. - (*A Concha cuchicheando*) Este, no sé porque finge si ya sabemos lo que es.

CONCHA. - Mujer, tiene que seguir con el cuento.

ELENA. - Espero que no dure la reunión como la semana pasada.

CORONEL. - Estén tranquilos, lo tengo todo controlado.

DOCTOR. - Eso mismo dijo en la reunión anterior y ya ve cómo está todo.

CONCHA. - (*Muy suave*) No se preocupen, que el Coronel lo tiene todo resuelto.

HORTENSIA. - ¿Tendremos que pagar más dinero?

CORONEL. - Desde luego que no, ni un céntimo más.

HORTENSIA. - Siendo así...

ERNESTO. - Soluciónelo ya de una vez, que todos los vecinos se me quejan a mí y estoy más harto. No me dejan ni respirar.

PILAR. - ¡Calla de una vez, que esto se está acabando!

ERNESTO. - ¡Pues como se está acabando, no me da la gana de callar! ¡Cállate tú!

PILAR. - ¡Ernesto!

ERNESTO. - (*Haciéndola callar*) ¡Chusss! ¡A callar!

DOCTOR. - Cuente, qué solución tiene para este desbarajuste.

CORONEL. - Ya lo verá. Ahora voy a llamar a la Portera.

HORTENSIA. - Otra vez tendremos problemas.

(*El CORONEL llama a la puerta de la vivienda de la PORTERA*)

PORTERA. - (*Con mal humor*) ¿Qué quieren ahora para venir todos juntos?

CORONEL. - Cálmese, queremos hablar con usted.

PORTERA. - ¿Otra vez?

CORONEL. - Sí.

PORTERA. - ¿Qué pasa, se sienten generosos y quieren darme seis mil un euro?

CORONEL. - No se ponga así, que no se trata de eso.

PORTERA. - Pues ya me dirá de qué se trata, porque me tiene impaciente con tanto misterio.

CORONEL. - Verá, he estado pensando que ese aparato es muy útil...

PORTERA. - ¿Y bajan todos para comunicármelo?

CONCHA. - Deje acabar al Coronel.

PORTERA. - (*A Concha*) ¿Qué le pasa a usted, no sabe llamarlo por su nombre? ¡Tanto Coronel...!

CORONEL. - ¿Sigo?

ERNESTO. - Sí, que el partido...

CORONEL. - Como le decía, ese aparato es muy útil y sé que todos los vecinos están muy contentos con él, pero yo soy un caballero y creo que usted debe quedarse en su puesto como estaba antes. (*Con una sonrisita*) ¿Está contenta?

PORTERA. - Para su información, ¡no!

CORONEL. - ¿Por qué?

PORTERA. - Porque usted a mí no me la pega, ha estado mirando los pros y los contras y ha decidido que le sale más barato tener portera que coger una señora de la limpieza, una secretaria, un recadero, un cartero, etc., etc.

CONCHA. - No sé por qué dice eso.

PORTERA. - Lo digo porque yo también he mirado lo mío, y en estos días he tenido numerosas ofertas... Si quieren tenerme ustedes, tendrán que subirme el sueldo un diez por ciento.

CORONEL. - ¡Eso es aprovecharse!

PORTERA. - ¡Muy bonito! Cuándo eran ustedes los que querían echarme de mala manera, entonces no era aprovecharse y ahora sí, ¿verdad? ¡Es mi última oferta! ¿La toman o la dejan? Pero les advierto que, si la dejan, no pienso marcharme hasta que no me paguen hasta el último céntimo que me corresponda.

HORTENSIA. - Ya me temía que tendríamos que pagar más.

PILAR. - ¡Esto es un abuso!

DOCTOR. - Yo estoy de acuerdo, prefiero pagar un poco más antes de consentir que todo este desastre continúe.

ELENA. - Yo soy de la misma opinión, prefiero que se quede la portera a tener otra persona que no sabemos cómo se puede comportar.

(Todos, unos más contentos que otros, dan el visto bueno)

CORONEL. - *(Con cara de resignación)* Bueno, veo que todos estamos de acuerdo. O sea que se queda en su puesto.

PORTERA. - Todo lo que hemos hablado lo quiero por escrito.

CONCHA. - ¿No se fía de nosotros?

PORTERA. - ¡No me fío ni de la bata que llevo puesta!

CORONEL. - Luego se lo bajaré por escrito...

PORTERA. - Y firmado.

DOCTOR. - Yo voy ahora mismo a llamar a mis clientas. *(Sube por la escalera a toda velocidad)*

ELENA. - Yo también me voy, que se me hace tarde. Buenos días. *(Se retira por la salida de la calle)*

PORTERA. - *(Entrando en su vivienda)* ¡Venga, circulando de aquí que hay mucho que limpiar!

ERNESTO. - *(Dándole golpecitos en el brazo)* Coronel, esta vez ha perdido usted la guerra con la portera ...

CORONEL. - ¡Deje de decir tonterías! Seguro que no conoce el refrán que dice: *Si no puedes con tu enemigo, júnete a él!*

ERNESTO. - Ya sale con los refranitos esos...

CORONEL. - Concha, me voy a trabajar *(Se retira por la salida de la calle)*

CONCHA. - *(Colocándole bien la corbata)* Muy bien, Coronel.

PILAR. - Y nosotros subimos para arriba.

(CONCHA, PILAR y ERNESTO se retiran por el ascensor, la PORTERA sale de su vivienda con la escoba y una bolsa de basura y empieza a barrer)

Música de fondo

POR PORTERA. - Quizás me he pasado un poquito tirando los papeles por el suelo, pero esto comparado con los depósitos de leche y los camiones de frutas que se tiran por el suelo, no es nada para defender un puesto de trabajo. Y en mi caso se puede decir que el fin justifica los medios.

La portera sigue barriendo mientras va cayendo el Telón.

